

UN periódico PARA EL PÚBLICO, sin compromisos con ningún partido, sin apoyo ni protección declarada u oculta de nadie, sin espíritu de escuela determinada. Un semanario independiente, una tribuna en la que quepan todas las ideas y todas las opiniones en interés de los lectores, que serán colaboradores nuestros cuando quieran enviarnos algo que al público le interese. Eso es el periódico VIDA NUEVA.

Las diferentes opiniones políticas, posiciones sociales y puntos de vista de sus redactores, son garantía de que cada cual de ellos podrá opinar y escribir como le parezca, y por cuenta propia.

Venimos a propagar y defender LO NUEVO, lo que el público ansia, LO MODERNO, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y tiranía de la costumbre. Y con esto queda sentado que VIDA NUEVA será, no el periódico de HOY sino el periódico de MAÑANA.

Los nombres de las personas que en él han de escribir semanalmente, deben convencer al público de que esta publicación será todo lo que se quiera y la quieran llamar, pero no será nunca reaccionaria.

VIDA NUEVA

¡Vida nueva! Así dicen millones de españoles, hartos de lo viejo, de lo usado, de lo fracasado, de lo convencional, de lo que no existe en ninguna parte más que entre nosotros.

¡Vida nueva! Es decir, nueva savia en los partidos, nueva savia en las ideas, basta de rutinas, de abusos, de egotismos de arriba y de desdichas de abajo, de caciquismos, de reaccionarismos legendarios.

Hace cincuenta años que la vida española es siempre la misma, y mientras el mundo progresa, España sigue amarrada a lo antiguo, más reaccionaria que a principios de siglo, más paralizada que nunca.

Todo es antiguo entre nosotros: la política, las letras, las artes, las costumbres, los gustos, el comercio, la industria, la vida corriente. Parece que nos hallamos empeñados en aislarnos del mundo. Y cuando vienen las grandes catástrofes nos cogen desprevenidos, pobres, sin adelantos, sin recursos; tenemos mucho corazón, mucho sentimiento, mucho entusiasmo; ni tenemos Gobiernos ni tenemos hombres, ni salimos de ayer ni queremos entrar en mañana.

No tenemos Gobiernos porque es imposible que ninguno de los que se suceden haga nada en provecho de la nación. Con leyes absurdas, con leyes a la antigua, con procedimientos de hace un siglo, ningún gobierno podrá vivir, porque los gobiernos no son más que los encargados de aplicar las leyes. Ni éste, ni el anterior, ni el que venga después, ni las Monarquías ni las Repúblicas, harán nada mientras no se renueven todo.

Con Parlamentos sin iniciativas, con diputados sin voluntad propia, a excepción de cuatro o cinco independientes, con caciques que mandan más que los Gobiernos, con leyes de enseñanza que estacionan a la juventud, con la religión al servicio de intereses políticos, no puede haber España, será eternamente la España de los electores que votan por dinero y de los Congresos que hacen de todo menos leyes de progreso y de mejoramiento social, como se hacen en todas las naciones del mundo.

¡Vida nueva! En el ánimo del país está que con guerras o sin ellas, con este sistema o con otros, así no podemos vivir, que lo nuevo se impone, que se ansia por todos una solución a tantas desdichas, a tantas miserias, a tantos desalentos, a tantas indiferencias, a tanto tiempo perdido.

Pero no se hacen sólo las revoluciones con pronunciamientos y con fusiles, porque en tal caso bastaría un millonario que diese las armas de ataque para que impusiera una revolución o un movimiento cualquiera, que resultaría la obra suya, y no la obra de todos.

Las revoluciones se han de hacer con las ideas, y al país caído en desmayo o por desengaños de tanto tiempo, o por la ignorancia en que de intento se le ha educado, hay que hablarle el lenguaje de la vida moderna y prepararle para un porvenir más próximo o más lejano, pero nunca remoto.

A la juventud inteligente, entusiasta y patriota, corresponde esta noble tarea, y por eso en este periódico cabrán todas las opiniones cultamente expresadas. Cada escuela tendrá su sección, cada clase social la suya; cada lector podrá decir lo que crea útil a su tiempo y a su país; no habrá en esta casa compromisos con nadie ni recibirá favores de nadie. Como no haremos un periódico de cuestiones personales, será una REVISTA al alcance de todos, un almacén de ideas nuevas, una tribuna a la que puedan subir cuantos quieran. Una REVISTA de las que con tantos trabajos notables se publican en España no está al alcance del pueblo. Esta la podrán leer, ricos y pobres, altos y bajos, y en ella encontrarán cien trabajos distintos, que tal vez lleguen a difundir en España ideas algo más prácticas que las que revelan las polémicas políticas, las pasiones de partido, las pequeneces del negocio, la lectura trivial y sin transcendencia que se les ofrece a los que no pueden leer otra cosa por falta de medios.

Las firmas que van en este número y las que aparecerán en los sucesivos no necesitan recomendación. Domina en la múltiple colaboración de VIDA NUEVA el elemento joven. Por más viejo, sin duda, han querido estos conocidos y populares escritores que hablo yo aquí hoy el primero. Gran fortuna la mía, de ver en torno de mi modesta persona una ju-

ventud entusiasta y trabajadora, sinceramente liberal y deseosa de contribuir a la obra del porvenir con la fe y la energía que tuvimos nosotros los que en la anterior generación lo sacrificamos todo al progreso y a la libertad de la patria! Compañero de esta juventud y con el entusiasmo de entonces, que los años no han amortecido, he de acabar diciéndoles a todos, y a los que han de venir a aumentar el número de los colaboradores: ¡Dichosos vosotros si conseguís sentar los cimientos de una obra sinceramente patriótica!

EUSEBIO BLASCO.

EL DEPURATIVO

España guerrea hoy contra su voluntad y sola: lo primero, porque lejos de mostrarse agresiva se ha visto provocada; lo segundo, porque solos hemos venido a quedar en el mundo por culpa de aquella fría neutralidad, que ni da amigos ni quita enemigos: error que a la larga suelen pagar los pueblos atrevidos el odio de los vencidos sin merecer la gratitud de los vencedores.

No hay nación europea a quien pudiera ser la guerra más funesta; para cualquier otra sería la renovación de un mal antiguo, para nosotros es la persistencia de una desgracia crónica. Italia, Austria, Francia, tienen cicatrizadas sus heridas; las de España abiertas están desde principios de siglo, y con la sangre que de ellas ha manado habría, en calidad y empuje, para conquistar un mundo. La ha vertido peleando seis años por la independencia, y durante catorce, en dos campañas, por defender la libertad: en África y en el Pacífico, por la honra; en las tierras que descubrió, por conservarlas.

Acaso seamos pródigos de ella, como lo son otras naciones de la actividad para el trabajo, de la previsión para el ahorro, o de la astucia para engrandecerse a costa del débil. Los demás pueblos prevalecen por su amor a la existencia: nosotros, en desprecio de ella, hacemos del esfuerzo hábito y del heroísmo costumbre. ¡Hermoso y triste privilegio: no gozar en la vida más que el orgullo de saber perderla!

A esta virtud, que nadie nos puede negar, se opone una flaqueza que es forzoso reconocer.

Somos tan pequeños en nuestro solar como grandes cuando salimos de él: es nuestro rasgo distintivo, fuera de la patria, hacerla respetar o morir con gloria; dentro de ella empobrecerla y desangrarla: a esto parecemos condenados, como hijos locos que lejos veneran a su madre y cuando cerca ignoran la dulzura de amarla.

No hay nación de Europa que no tenga aspiración definida: Inglaterra, valerse de las discordias ajenas convirtiendo el mundo en mostrador de sus mercaderías; Rusia, dilatar en Asia su poderío; Austria, dar homogeneidad y firmeza a los elementos heterogéneos e inestables que allegó la diplomacia; Alemania adquirir un imperio colonial; Italia, afirmarse como potencia de primer orden; Francia, la reconquista de sus provincias perdidas. ¿Cuál es nuestro ideal? Ni la influencia en el Mediterráneo, ni la posesión del Norte de África, ni la Unión Ibérica, ni la reivindicación de Gibraltar... Nada. España parece la infeliz Penélope, que teje y desteje la urdimbre de su manto, sin consentir que nadie lo toque ni lo profane, pero manchándolo ella misma con su propia sangre y destruyéndolo con sus inhábiles manos. Es pueblo de soldados que saben morir y políticos que no saben gobernar.

Cuando alguno de estos últimos enferma o muere, en las columnas de los periódicos y en las cintas de las coronas fúnebres leemos escritas estas palabras: *el insigne, el eminente, el hombre de Estado*. A pesar de lo cual sería difícil decir lo que les debe la nación. En cambio costaría poco trabajo probar de qué desaciertos son reos. Han desacreditado el sistema representativo trocando el Parlamento en teatro de su pequeñez; han podido el sufragio dejando en tela de juicio la eficacia de la libertad; si monárquicos, no han acertado a restaurar la majestad del régimen; si republicanos no han sabido dejar de odiarse para hacer deseable la República: todos son merecedores de que el país les mire con hostil

desconfianza: todos culpables de que, mientras resucitan las manos muertas, los pueblos estén hambrientos y el fisco venda a los labriegos sus terruños y sus yuntas: ellos son responsables de que la conciencia pública contemple con terror ya que no acierte a calmar con justicia, las amenazas de destrucción social. En todos los partidos habrá hombres de buena fe, ¿quién lo duda? mas poco será su poder cuando ni los autoritarios hacen respetable la fuerza, ni los liberales muestran la eficacia de la Libertad. Así hoy, fuera de ellos mismos y su séquito, nadie atiende a jefaturas de enanos o ascensos de covachuelistas, ni presta oídos a la oratoria vulgar y adocenada. El hormiguero de partidos, fracciones, grupos y personas desaparece ante algo que importa más.

Por lo que cuesta en sangre, lágrimas y oro; porque con la derrota puede traer la humillación; porque los pueblos tienen la convalecencia larga, esta guerra calamitosa pavorosa: furia preñada de males, que hasta cuando concibe la victoria puede parir la dictadura. Pero, a trueque de tamañas desdichas, sirve para alejar el pensamiento de lo mezquino acercándolo a lo grande.

Cuando se hace por causa justa es para el alma nacional, como un depurativo para el cuerpo enfermo por las reliquias del vicio. Por eso España acepta instintivamente su Jordán en su propia sangre: signo tal vez de que si vencida, por consolarse, y si triunfante, en virtud de las fuerzas adquiridas, sabrá negarse a que la gobiernen los que no merecen servir.

Dolorosa es la guerra, pero prefiramos sus heridas a esa fiebre pútrida de la política menuda que respira aliento de sepultura.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

CASTELAR conspirador

(CARTA INÉDITA A LÓPEZ DE AYALA)

París 11 de Octubre de 1898.

Querido amigo: ¿cómo es posible olvidar nuestro viaje (1 y 2) por el caballo, al antiguo general que nos acompañó hasta el Pirineo. El recuerdo está vivo en la memoria y la gratitud viva en el pecho. De paso para España me detengo más horas en París. Los amigos de América me rodean, me preguntan, porque todos tienen algún interés en nuestra patria y todos se sienten orgullosos de pertenecer a nuestra raza. Pero los que más vivamente me preguntan son los amigos de Cuba. Yo les he dicho que usted es, además de un gran poeta, uno de los hombres de mejores intenciones que hay en España—y negará a Cuba y Puerto-Rico la representación en la Constituyente—imposible, les he dicho. Cuando la nación vuelva a rehacer su pacto no será olvidada, no será desdicha ninguna porción del territorio nacional. He salido fiador de que usted pedirá y obtendrá la representación para Cuba y Puerto-Rico.

Yo creo que no me engaño. Ya comprenderá cómo habré seguido, con qué atención, su odisea de los últimos días. El capitán Lagier es un antiguo democrata a quien yo quiero como un hermano. Su padre y mi padre fueron condenados a muerte por Fernando VII.

No olvide usted, amigo mío, este encargo. Es necesario una gran política para merecer el himno de alabanzas y de entusiasmo que entona toda Europa en loor de España. Unir a la inmortalidad por las obras literarias la inmortalidad por las obras políticas, debe ser una ambición de su alma. Espero, pues, que obtendrá usted la representación en la Constituyente para Cuba y Puerto-Rico. Abur. Pronto nos veremos.» Suyo

EMILIO CASTELAR.

MANCHA EN ARMIÑO

Las gentes que proclamaban como elemento dogmático de su religión político-social, la trinidad histórica de Dios, Patria y Rey, no sabían respetar ni al Rey, ni a la Patria ni a Dios, cuando el respeto de estos principios se oponía a los provechos del individuo o a las conveniencias de partido.

Y es bueno tener en cuenta, que todo atentado contra la persona, reverbera siempre sobre la institución que ella representa; porque las instituciones sociales, cuando no tienen su raíz en la misma naturaleza humana, sólo viven de la autoridad moral que la costumbre y la opinión les conceden.

No en vano la blanca piel del armiño adorna la púrpura de los reyes: aseméjase a él la

majestad, y acaso, lo ha tomado por símbolo, recordando a aquel pulcro animal, del cual se dice que muere cuando ve manchados sus purísimos vellones.

EUGENIO SELLÉS.

La primavera y la guerra

Caldea el sol las entrañas de los rojizos campos, fecundando los gérmenes de vida; estalla la térrica corteza respirando por sus grietas colores y perfumes, manojos de enmarañadas hierbas, verdes cabelleras sobre las cuales se balancean las flores silvestres con las palpitaciones del aire, y zumban los insectos multicolores que fueron durante el invierno larvas informes y ateridas; como oleada vivificante sube desde los últimos filamentos de las raíces la prolífica savia, circulando por las arterias del tronco, esparciéndose por las ramas, convirtiendo en madera jugosa y tierna el leño seco invernal, rompiendo los botones para expandirse en forma de hojas, cubriendo la tierra con una bóveda verde; y en los cultivados bancales, martirizados incesantemente por la acerada uña del arado, crece el trigo como bienhechora bendición, y entre sus verdes espigas asoman las rojas amapolas como gotas de sangre del gran combate librado entre la naturaleza fecundante y el suelo yermo y helado.

Reina la primavera; la juventud del año, como la llamaba el poeta. Por ella y para ella se viste: de verde el monte; hierve la plata en los ríos; vibra la dorada luz en el espacio; canta el ruiseñor bajo la tienda de follaje, poblando de trinos el augusto silencio de la noche; lanza su grito la alondra, despertando con la primera luz del día y sacudiendo sus plumas impregnadas de rocío; se cubre el cielo de transparencias nacaradas en los dulces crepúsculos, y las golondrinas voltean en el aire su caprichosa contradanza con silbidos que parecen rayar el azul cristal del espacio.

Nunca como ahora se ama la vida. Jamás como en primavera parece hermosa la tierra y seductora la existencia.

El perfume de los campos desfiliza lentamente hasta lo más profundo de nuestro ser; la sangre hierve en nuestras venas como la savia en las de los árboles; las mujeres parecen más hermosas, el sol más deslumbrante, la vida más dulce.

Los desolados horizontes cubrense con cortinas de verdes hojas, cuyas puntas tienen suave transparencia; el naranjo, como enorme incensario, impregna el ambiente de azahar, el perfume del ensueño que hace pensar en la presencia de hadas invisibles que con su aliento rozan las mejillas; en los jardines la hierba, con sus minúsculas florcillas, crece hasta en las escalanillas, desmenuando con su fuerza de expansión las ajustadas losas de mármol; las blancas estatuas cubrense con sombrillas de hojas, a través de las cuales el sol las viste con mantos de oro festoneados de sombra; asoman entre el follaje las rosas encendidas, rojas y frescas como femeniles bocas que ofrecen interminables besos y las flores de pétalos blancos y carnosos que hacen pensar en desnudeces de raso, en carnes sonrosadas como las de las niñas de Rubens o abarlinadas y transparentes como las de las bellidas del Ticio; se adormecen en el prado las tímidas violetas, lánguidas, melancólicas y espirituales como vírgenes del prerrafaelismo; y la naturaleza, ebria de luz y de perfumes, estremeciéndose con desespezos de intensa voluptuosidad, temblando con el espasmo de la fecundación, cubre la tierra de colores y de perfumes, y el espacio de rumores suaves y dulces como si todo el éter temblase con el escalofrío de un beso inmenso dado a la tierra.

Estamos en plena apoteosis de la vida; y cuando todo lo existente parece cantar un himno al amor, allá abajo, sobre las soledades del mar, los monstruos de acero cargados de hombres se buscan y se rebuscan para emprenderse a cañonazos, para empuñar el claro espacio con el infecto humo de la pólvora y enturbiar el azul profundo y solemne de las olas con el rojo de la sangre y la asquerosidad de las humanas piltreras.

En un mundo donde existe la mujer, copa de felicidad jamás vacía por mucho que se apure y cuyos ojos brillan con el ardor de la primavera; donde el vino chisporrotea en la copa de cristal con su corona de irisados brillantes; donde los bosques tienen flores que perfuman y trinos envueltos en plumajes voladores que saltan de rama en rama; donde el cielo, con las transparencias de la rosa y los cambiantes del nácar ofrece la más hermosa de las tiendas para cubrir los delirios del amor, de la única verdad que encontró el doctor Fausto después de estudiar tanto; en un mundo tan bello, los hombres consideran como la más digna y honrosa de las profesiones hacerse polvo a cañonazos por si cuatro pedazos de tierra han de estar protegidos por una bandera de un color ó de otro.

Admiremos la sublime estupidez del hombre. La naturaleza generosa le ha dado cuanto tiene de más hermoso y seductor; le ha dado la mujer, el vino y la primavera, las tres grandes inspiraciones del arte.

Y el hombre, ¡oh bestia ruin!, ha correspondido a tanta generosidad inventando el cañón que ensangrienta los mares y convierte en cementerios los fecundos campos.

V. BLASCO IBAÑEZ.

RESABIOS DEL VICIO

DOLORA

«Insultáis, bostezando, ¿a quien os amas—le dice a Luis catorce cierta dama—
«Si daros por esposa el Cielo quiso una infanta inocente,
¿qué os falta en vuestro casto paraíso?»
Y el gran rey le responde: «La serpiente».

R. DE CAMPOAMOR.

Los Socialistas

Abogamos por la paz

Nuestro país, pobre en producción, más pobre aún en enseñanza, administrado horriblemente, desangrado por dos insurrecciones coloniales y con todas sus rentas empeñadas, hállase en guerra con una nación poderosa, fuerte y rica.

Se han lanzado a esa lucha la imprevisión de nuestros gobernantes y el espíritu mercantil de casi toda la prensa de gran circulación.

Apenas han hablado los cañones, y ya ha experimentado un desastre, que le ha costado muchas vidas, muchos millones y la pérdida de una plaza fuerte. Poco más de un mes hará que se declaró la guerra, y ya nota sus terribles efectos: vida cara, paralización del trabajo, enorme depresión económica, malestar en la pequeña y mediana burguesía y miseria profunda en los que no tienen más propiedad que sus brazos.

¿Que ocurrirá si la guerra dura algunos meses? Que se agravará considerablemente esta penosa situación; que el plomo, el hierro y las enfermedades arrebatarán la existencia a miles de proletarios; que se gastarán estérilmente centenares de millones, y que España, vencida por la inmensa fuerza de los Estados-Unidos, perderá casi todas sus colonias.

¿Cómo librarnos de esa débete y de las gravísimas consecuencias que de ella se derivarían? Yendo a la paz inmediatamente. La paz pondrá término a la matanza de proletarios españoles, empezada hace tres años, y con la paz podrá reponerse España de los quebrantos sufridos, desarrollar su riqueza, fomentar la instrucción, corregir sus malas costumbres políticas y abrir ancha vía a todas las ideas de mejora y de progreso.

Pero la paz—se nos dirá—no puede alcanzarse sin que se reconozca la independencia de Cuba. Pues reconocámosla, porque aparte de que no hay ya medio para conseguir que dicha isla sea española, no es justo que un pueblo se imponga a otro.

Acaso no baste—se nos replicará—el reconocimiento de la independencia de Cuba para terminar la guerra, y se nos exija algo más. Sensible será que eso ocurra, pero si para conquistar la paz es imprescindible hacer otra concesión, hagámosla, porque, de continuar la lucha, el vencedor exigirá mucho más cuando a España le sea imposible pelear.

La paz es lo que conviene hoy a nuestro país, y por la paz deben abogar todos los hombres de carácter y rectitud, todos los que sufren viendo sufrir a los demás y todos los que aman de veras a esta tierra desdichada.

PABLO IGLESIAS.

Statu quo

Singular contraste: durante las guerras sostenidas por España contra los insurrectos de Cuba y Filipinas, las clases populares iban a la lucha resignadas pero sin entusiasmo, mientras las clases directoras pedían a voz en cuello el exterminio de los rebeldes. Estalla el conflicto con los Estados Unidos, y en un santiamén se cambian las tornas: el pueblo se entusiasma, pide la guerra, en tanto que los privilegiados la aceptan a regañadientes, y si no se oponen a ella de modo resuelto, es por temor a colocarse en contra de la voluntad de las muchedumbres.

¿En qué estriba la razón de tal contraste y de cambio tan radical? Este interesante fenómeno se presta a que sobre él se hagan algunas consideraciones.

La guerra con los insurrectos representaba la continuación del cómodo statu quo en que hace tiempo vivimos los españoles. Con esa guerra no se ponía en peligro, antes se defendía, en parte, lo que constituía la organización social presente, con tanta sabiduría dispuesta para la felicidad y bienestar de unos pocos. Para estos tales la pacificación de nuestras colonias había de acarrearles incalculables ventajas. Cuba y Filipinas han sido como dos grandes sanatorios de las bolsas de nuestros políticos: era de gran interés conservarlas. ¿Que un prohombre de cualquiera de los partidos turnantes estaba con el agua al cuello? Pues a Cuba ó a Filipinas con él, y en espacio de unos cuantos meses volvía a España cargado de pesos y con aptitud para seguir prestando servicios valiosos a su partido. Gracias a Cuba tenían los Gobiernos actas con que obsequiar a los jóvenes aprovechados que en la Península no encontraban distribido, entre otras razones, porque sus nombres no habían traspasado los límites de la tertulia de tal ó cual personaje. Cuba y Filipinas eran planteles de gobernadores, vivero de funcionarios listos, criadero de gente útil para la marcha del actual sistema. ¿Cómo no defenderlas a costa de los mayores sacrificios, sobre todo cuando estos sacrificios se hacían *in anima viti*? Las guerras de Cuba y Filipinas convenían a los privilegiados: sus hijos no habían de correr los riesgos en la manigua; los fondos públicos se sostenían; el cupón se pagaba religiosamente... Pues adelante con la guerra.

El pueblo no se apasionaba por estas cosas. ¿Qué ventajas morales ó materiales había de traerle la victoria? Ninguna. El campesino que riega con su sudor el surco, el oficial que trabaja en su taller, el minero que golpea la roca en las entrañas de la tierra y el albañil que pasa su vida en el andamio tenían poco interés en conservar nuestras colonias. ¿Para qué? ¿Fuman ellos, por ventura, vengoros de Vuelta Abajo? ¿Recrean su paladar con los azucarados frutos tropicales? ¿Pueden soñar siquiera en que los nombres gobernadores de la Pampanga ó vistas de la Habana ó diputados por Manzanillo?... No; iban a combatir para prolongar un estado social, un statu quo que en nada ó en

USUREROS SIN PATENTE

El librero.

Varios periódicos madrileños han sostenido energicas campañas contra la usura, favoreciendo a sus sacerdotes con los epítetos de infames, canallas, vampiros y otros de igual ó superior categoría. Los mercedarios todos; pero, créame mis compañeros: hay comerciantes que dan quince y raya á los Matías de á peseta por duro al mes, hasta el punto de que en la comparación resultarian los últimos tiernos y sensibles filántropos. Los iré describiendo poco á poco, comenzando por el librero, que conozco más.

Necesitando hace años convertir en dinero algunos libros, consulté con un amigo muy práctico en el negocio, y respondíome que lo más breve era empeñarlos; indicóme el prestamista menos tirano, y á su casa me dirigí.

El librero de viejo, pues tal era, me ofreció sin vacilar ni un segundo 300 pesetas por el empeño de 1.400 ejemplares de *El Judío Errante*. Á dos meses de plazo y con el 7 por 100 de interés (la obra se vende á 9 pesetas y es de salida constante y segura); y en venta se propasaba á desprenderse de 325, es decir, 7 céntimos por tomo.

No le contesté siquiera, y corrí á una librería formal, ó de nuevo, donde ofrecí la obra á peseta, y no la quisieron. De esto nada digo; cada cual es dueño de su dinero, aunque se lo haya agenciado robando. Es posible que mi hombre creyera que, ofreciéndole desde luego los tres voluminosos tomos á peseta, se los daría á la media hora á cincuenta céntimos. Se han dado casos; pero entonces no sé.

Acudí al librero en otra forma hubiera sido estúpido. El librero nunca hace favores, como librero al menos. Es posible que fuera del negocio haya alguno que sea generoso, hasta prodigo; pero dentro de él... Si alguna mosca blanca del ramo adelanta á un editor ó autor 200 ó 300 pesetas, es siempre bajo la base de mayor descuento, ó para obtener la exclusividad. Más aún. Como sospecho que quien le propone una operación (así llaman al acto de comprar libros á precios excepcionales, y no está mal, pues efectivamente le anotan al vendedor las entrañas), está con la soga al cuello, el librero tira con fuerza terrible hasta ahorrarle (esto gratis); y si está ya ahorrado, se le agarra á los pies y lo desocuyunta. Uno hay que se permite hasta el lujo de hacer frases. Cuando se le propone una operación (siga el vocablo), se niega desde luego (esto lo hacen todos), y en seguida añade con la sonrisa loyales que le es peculiar: «*Mejor que los libros vengam muy castigados*...» ¿Castigados? Se queda uno turulado al oírlo, hasta que se entera de que castigo equivale á *baratara*. Por mí fe que la frase es original. Antes de lanzarla se lamenta siempre ese librero de lo mal que anda todo (la cualidad característica de los de la clase es llorar siempre), de que en América no pagan ni en provincias tampoco (lo cual es calificar de ladrones á sus congéneres); pero esto no debe ser cierto, cuando todos los de Madrid se enriquecen.

¿Y cómo no? Desde la covacha más inmundicia hasta la librería más lujosa, el procedimiento es el mismo: estrujar al que se presenta á que le practique la operación... cesará. Si alguien lo duda, lleve á vender un libro nuevo que valga 10 pesetas, y le darán una; envíe á la media hora á comprarlo, y se lo cobrarán al precio de cubierta. El 900 por 100 en treinta minutos! Esto deja tamaños á los sacramentales de las casas de préstamos. Y no se objete que ciertas obras tardan mucho en venderse, porque esas no las toman; aparte que lo mismo ocurre con algunos efectos empujados, y que por añadidura se apollinan ó se rompen, lo que no les pasa á los libros.

¿Son todos los libreros iguales? La justicia exige que se les trate con el más duro. El último con quien se trata, ese es el peor.

La primera vez me vi obligado á vender libros á bajo precio, me indigné con el librero, que me los tomó con el 75 de rebaja. Hoy, ya alicionado, me parece el San Vicente de Paul de los libreros, un San Martín que parte su capa con el pobre; el ave fénix, un séxí mitológico. ¿Y cómo no, si poco después me exigió otro el 85, y otro creyó más tarde ganar la bienaventuranza eterna, arruinándose de paso, al ofrecerme cinco céntimos por cada tomo del *Judío*? ¿Qué no se diría del usurero que tasara en quince céntimos un objeto que se vendiese en nueve pesetas? Se inventarían palabras para denigrarle, por considerar que las más deprimentes del Diccionario no bastaban, recogióndolas hasta del arroyo para arrojarlas á la cara llenas de saliva.

¿Se quiere más? Librero hay en Madrid, y de los más ricos, y el más afamado, que descuenta el 20 ó el 25 por 100 al infeliz que tiene sellos de correos y necesidad de convertirlos en moneda. Puedo probarlo con documentos. Por evitar esta infamia propuse hace año y medio que se estableciese en Madrid un estanco para el canje de sellos descontando un módico tanto por ciento. Ni un solo periódico secundó la idea.

Por las razones expuestas no me atrevo á darme importancia asegurando que he descubierto el mejor ejemplar de la clase de libreros, hasta que no averigüe dónde vive el que ofrece á *céntimo* por tomo de *tres pesetas*, pagadero el total en veinte plazos de á dos años cada uno, la mitad en calderilla; pues indudablemente debe existir, por más que yo no haya tenido hasta ahora la dicha de encontrarlo.

Otro día que esté de buen humor dedicaré unas líneas á demostrar por qué el público tiene forzadamente que pagar las obras á doble precio del que podía adquirirlas, con otros datos que acaben de retratar al acaparador de libros en los grandes centros de producción.

JOSÉ NAKENS.

BANDADAS

Cada cráneo es un nido; son las aves que en él nacen y viven, las ideas; y sus alas veloces, la palabra hecha discurso, página ó cadencia.

Cada cráneo es un nido; por sus bordes los pájaros revueltos aletean buscando el arco de la frente humana para salir á recorrer la tierra.

Los cerebros son nidos; en sus senos Dios infunde el calor, y la materia por el divino aliento fecundada, de pensamientos y de luz se preña.

Avés de todos climas y plumajes en esos nidos bullen y gorjean y forman una música grandiosa con raras sonas de distintas cuerdas.

La jaula de esas aves, es el mundo; las poblaciones, sus gigantes selvas; las razas, sus colores diferentes; la humanidad, el árbol donde vuelan.

En lugar de ascender todas cantando á lo Supremo en espiral inmensa como bandada milagrosa y grande que á Dios aclama en infinitas lenguas, en bélicas legiones se dividen y en contrarias falanges se dispersan, haciendo campo de su eterna lucha á la esfera rodante del planeta.

SALVADOR RUEDA.

Ideas, reformas, novedades

Se equivocan los que han supuesto que íbamos á hacer un periódico de personalidades y de pasiones chicas. No hemos venido al mundo de la prensa para eso. Polémicas, dimes y diretes, alfilerazos al uso, pequenezes entre colegas, todo eso es lo de menos, cuando se trata de hacer una *Revista* popular, al alcance de todos y en la que se le diga al pueblo lo que le conviene.

Ideas, reformas, leyes nuevas, organización nueva, eso, eso es lo que importa.

NUESTROS AMIGOS... LOS INGLESES. JUAN Y JHON.

Dos amigos, Juan y Jhon, uno francés, otro inglés, van á viajar juntos. Dejémosles alejarse, el uno de Douvres, el otro de Calais.

En qué se parecen?

El uno es vivo, generoso, atolondrado, amigo de aventuras, cantor de romanzas. Desafía el sol al mediodía y acaricia á las modistas por la noche.

El otro, por el contrario, es calmoso, casi frío. Firme cuando llega el caso, huye de imprudencias, conoce los peligros tanto como el terreno firme. Lleva el té en la maleta de viaje y apunta todos sus gastos.

Siendo tan distintos Jhon y Juan, se completan: tienen la misma edad, y son hijos los dos de honrados padres.

Viajan juntos es gran prueba de amistad. ¿Qué de concesiones, de cortesías, de compromisos para ser buenos comensales y quedar amigos! Navegan en alta mar y supongan que llueva. Todos los pasajeros están acostados ó duermen ya; no queda más que una cama libre á bordo, pero ¡qué cama! una sola, indivisible.

Juan, caballero francés, le ofrece resueltamente. Jhon, hidalgo inglés, le acepta cortésmente. Juan, orgulloso de su caballerosidad, se sienta sobre un montón de cuerdas. Espera pacientemente que rompa el sol las nubes. Abrega su enrojecida nariz con una manta, coge un catarro, hace versos á su amor y lanza tristes miradas al astro burlón que le amenaza con sus cuernos. Jhon, fuerte en su derecho, se cura en salud y encontrando muy dura su cama se atiborra de té.

¿Qué comen en un restaurante?

La comida es frugal y los dos amigos tienen hambre. Se les ofrece un pollo tísico, más pequeño que un pichón, pollo de posada, en fin. No hay más, ni un huevo, ni un nido de golondrina, ¡ni siquiera un guisante! Bueno, pues que nos lo sirvan, vamos!

Juan, caballero francés, se traga los huesos. Jhon, hidalgo inglés, se contenta con las pechugas. Es el único medio de estar conformes. Quien diga lo contrario, no tiene razón.

Un día los dos amigos, son arrojados á la costa, en parte por el temporal, pero más por culpa suya. Caen en un país desconocido. Hermosos pais, fértil y rico. Podían creerse en una isla desconocida de los europeos poblada ¿por quién? pues por salvajes, por hombres desnudos, quizá por antropófagos. Ante todo es preciso construir una choza. Con este objeto recorren la vecina montaña. Jhon, más previsor, lleva en su maleta un arsenal de aparatos é instrumentos, desde el bisturi hasta las armas de fuego y de cocina. Juan, no tiene más que su genio ayudado de dos brazos robustos. Se pone á trabajar sin pensar en los gastos; amontonando herramientas, herramientas, herramientas, cubre de defensas y prepara por la noche un frugal banquete en el que Jhon, menos hambriento y cansado, come la mejor parte.

Los aliados, felices en el seno de la naturaleza, apoyada la cabeza en el codo, y el cuerpo en el duro suelo, se duermen. De pronto, á cosa de media noche, prodúcese tremendo ruido alrededor de la choza. Llegan los salvajes, lanzando gritos de guerra, con ruido de tambores, tam-tams, y cuernos de elefantes, dispuestos á pelear con el intruso. Parecidos á los niños que siempre anuncian el día que van á hacer, mueven alegremente espantoso ruido de truenos.

Juan y Jhon se despiertan, y ojo avizor, arma al brazo preparándose á la defensa. Los dos tienen iguales intereses que defender. La bárbara y abigarrada tropa en desorden avanza. Doce disparos suenan en el aire. Sorpréndense los salvajes de que un revólver pueda matar á un hombre aun cuando sea al segundo disparo. Caen como las ciruelas en el mes de Agosto, primero por docenas, á cientos después. Los más valientes quieren avanzar hasta morir; cuatro ó cinco capitanes se deciden; pero los prudentes burgueses, que van siempre junto á los valentones, dicen que se oculta en la choza el genio del mal. El miedo es buen consejero... para los que piensan vivir. Huye uno, el rebano le sigue en desbandada.

¿Han puesto ustedes el pie en un hormiguero? Verán cómo miles de hormigas corren á derecha é izquierda llevándose el equipaje á cuestas. Con no menos ardor huye el enemigo... ni uno solo quedó en la playa.

Jhon, hidalgo inglés, con mucha razón, cambia dos veces de ropa y guarda la casa. Juan, paladín francés, ebrio de victoria, dispónese, fusil en mano á perseguir á los fugitivos. ¿Qué busca?, ¿Quién sabe? ¿Una página de historia?

El salvaje tiene patas y guaridas de zorro. Todos los fugitivos desaparecen en lo profundo de la tierra. El héroe cansado ya, vuelve sobre sus pasos, trayendo la palma de la victoria.

Sale el sol é ilumina los caminos sembrados de cadáveres humanos. A lo lejos divisa la cabaña. Jhon, durante estas andanzas del francés, no ha perdido su tiempo. Ha cogido los útiles de trabajo y reparado prontamente las brechas abiertas por el enemigo en la cabaña.

Coloca barricadas en la puerta, carga todos los fusiles... y descansa en su Gibraltar sin temor.

Juan, se aproxima por fin, pero ve flotar una bandera sobre el hogar común... Hace mil cálculas, duda, se interroga y lee un cartel en que brillan estas dos palabras:

POSESIÓN INGLESA.

GUSTAVO NADAUD.

La colegiación forzosa de los médicos.

Cuestión tan importante para la clase médica requiere, en sentir de nuestro compañero el Dr. Verdes Montenegro mayor esclarecimiento que el que pudiera prestarle uno ó varios artículos dedicados á estudiarla, así que vamos á consignar con la mayor exactitud posible, en números sucesivos la opinión de amigos y maestros acerca del particular.

El Dr. San Martín.

En todo rigor, para el Dr. San Martín, la colegiación sería innecesaria, pero en caso de ser establecida opina que debe ser obligatoria.

La colegiación, una de las formas de la antigua asociación gremial, tiene por objeto la defensa de una

clase en su lucha por la vida en el seno de la sociedad. Dónde esta clase vive robusta y libre, la colegiación no tiene razón de ser; donde se halla en algún modo desamparada, la colegiación puede ser beneficiosa.

Para serlo precisa que sea obligatoria: un colegio voluntario es un casino, sin legitimidad moral y el necesario prestigio para la defensa de los intereses colectivos. La fuerza de ese colegio está en la autoridad que le presta el espíritu de cuerpo que debe necesariamente encarnar.

En algunas profesiones este sentimiento de la colegiación es tan vigoroso que sin necesidad de la colegiación se manifiesta á forma de actos de la clase. Así por ejemplo, en los artilleros, ó los ingenieros militares, el espíritu de cuerpo tiene virtualidad hasta para extrañar á un individuo del seno de la colectividad, y en todas ocasiones hace aparecer á esta unidad en la defensa de los intereses comunes. En las profesiones como la nuestra en que este vigor interno falta, la colegiación puede suplirlo.

La colegiación robustece la protesta individual, prácticamente ineficaz para alcanzar la derogación, reforma ó creación de una ley y á veces hasta para conseguir el amparo de una ley existente.

Las facilidades que da España para el ejercicio de la profesión médica á los médicos extranjeros no las da ninguna otra nación y así sucede, por ejemplo, que mientras los médicos de los pueblos, españoles vecinos á Francia no pueden ejercer en la vecina república, los médicos franceses de la frontera disputan su clientela á los españoles en las mismas poblaciones en que estos ejercen.

La protesta contra el intrusismo necesita igualmente para ser eficaz el apoyo de la colectividad. Los abogados tienen el privilegio de que nadie puede defender sus mismos intereses por bien que conozca las leyes, sin la intervención de un letrado, en la profesión médica no hay forma práctica de impedir que ejerza la profesión quien no tiene para ello títulos suficientes.

El sistema de premios y castigos que en el decreto se establece realmente parece infantil, pero es legítima consecuencia de la agremiación; los reglamentos de algunos gremios antiguos tenían un artículo que condicionaba en términos de que apenas se puede tener idea, el ejercicio de la profesión.

Creo en fin el Dr. San Martín que la colegiación tiende á favorecer lo que podríamos llamar la clase médica media, el mayor número, aunque ocasione alguna molestia á los más modestos y á los más elevados de la clase.

El Dr. Madinaveitia.

Para el Dr. Madinaveitia, la colegiación forzosa no debiera imponerse. No puede tener, en su sentir, otro objeto que favorecer los intereses de la clase médica en frente de la sociedad, establecer una especie de proteccionismo médico. Ahora bien; ¿el interés humano y el del médico, el primero es más veces más respetable, y en caso de conflicto, sacrificar á los intereses de la humanidad los suyos propios es para la clase médica deber de conciencia, que tiene tradición honrosa de haber cumplido siempre, y que cumplirá también en adelante.

Paréceme este proteccionismo médico tan perjudicial como cualquier otro, el que se otorga á la industria pecuaria, ó á la del hierro, ó á la agricultura. Todos ellos, en resumen, perjudican á la sociedad, sacrifican dolores á los intereses del grupo.

Por lo que el Colegio Médico favorezca los intereses de la clase es, por otra parte, para el Dr. Madinaveitia, una frase hueca. ¿Cómo los va á proteger? Los partidarios de la colegiación forzosa dicen que de tres modos: realzando la moral médica; impidiendo el intrusismo, y evitando que ejerza la profesión los extranjeros sin las necesarias garantías.

Este último caso, por lo raro, no tiene importancia. Por lo que hace al primero, ¿es que la clase médica está tan desmoralizada que se impone la colegiación forzosa para poner coto á escandalosos abusos? El establecimiento de un Tribunal moralizador, supone la existencia de esa desmoralización é infiere agravio á la respetable clase. ¿Y si, además, repugna que se establezca un tribunal de la vida en el Tribunal que de patentes de honor? Cuando ese Tribunal no existe en los restantes órdenes de nuestra vida social. Nadie sometería sus actos como padre, ó como profesor, ó como empleado, al juicio de un Tribunal de honor; nadie necesita ni consentiría que le extendiese un certificado de caballerosidad tal ó cual individuo. ¿En virtud de qué consideraciones se va á conferir á media docena de individuos, por respetables que sean, el derecho de erigirse en jueces de nuestra conducta moral?

Por lo que hace al intrusismo, el Dr. Madinaveitia cree que debe despreciarse. Algunos enfermos, sabiendo que hay médicos, prefieren ponerse en manos de un curandero; ¿es digno del médico esforzarse por atraerle á ese cliente? ¿Qué gentes serán esas, cuál su valor moral ni su criterio, cuando cosa tan preciosa como su salud la ponen en manos de gente indolente? ¿Es digno para el médico disputar al curandero ese género de clientela?

Todos los señores médicos de Madrid ó provincias que quieran exponer su opinión acerca de este asunto, pueden hacerlo, dirigiéndose al Dr. Verdes Montenegro, Argensola, 11, bajo.

LEY MORAL

La conciencia es casaca de color que grita por el deber y calla por el dinero.

V. COLORADO.

Las pequeñeces del genio

Sabido es que Víctor Hugo incurrió en el entusiasmo frecuentemente, y que aun en ciertas cartas familiares y en billetes amistosos solía echarla—justamente, sin duda—de genio. En su *Correspondencia íntima*, publicada recientemente, la manía de Víctor Hugo se nota mejor que en ninguna otra parte.

A un poeta belga que le dedicaba versos con motivo de su destierro, contestóle Víctor Hugo: «No soy yo el proscrito, sino la libertad; no soy yo el desterrado, sino toda la nación francesa.» En otro lugar dice: «He resuelto ser el hombre-humanidad.» El más curioso entre sus datos personales es el que va á renglón seguido: Un señor Heurlelron, redactor del periódico *Progrès de Port-au-Prince* (Haití), escribió al gran poeta para testimoniarle su entusiasmo, Víctor Hugo, atento y cortés, colmó al periodista de elogios, recordándole de pasada sus antecedentes de raza: «Usted, amigo mío, le decía, es una brillante muestra de esa juventud negra que yo tanto admiro.» Verdad es que luego añadía, como si quisiera consolarle: «Ante Dios, todas las almas son blancas. De todos modos, me congratulo de que entre las antorchas de progreso que iluminan el camino de la Humanidad haya una sostenida por la mano de un negro.»

Dirigiéndose á Julio Janin, escribía: «Su folletón, amigo mío, me eleva sobre París como el alba.» Y encarándose con Saint-Victor: «Siempre que mi nombre cae de la pluma de usted, parece oír el ruido de la gloria.» Desterrado en Bruselas á consecuencia de un golpe de Estado, el gran poeta escribió en alguna parte: «Es preciso lanzar los linternos contra los cañones; la tinta matará á la pólvora.» Hablando de Napoleón el *Pequeño* en los *Castigos*, dedicábale frases como éstas: «Yo me encargo del porvenir histórico de este dante. Cogido de una oreja pienso conducirlo á la posteridad.» Elegido diputado en 1871, Víctor Hugo ingresó en la Asamblea de Burdeos inmediatamente. «A mi vista—declaraba después,—la Cámara entera se echó á temblar.»

Lo que cuesta un cañonazo

Los potentes cañones de acero sistema Krupp, del calibre de 38,05 cm., al prestar servicio con los proyectiles de acero, destinados á perforar las corazas de los barcos, cuestan lo siguiente en cada uno de sus disparos:

	Pesetas.
Carga de proyección, 180 kg. de pólvora primática parda, al precio de 1,90 el kilogramo.....	342
Una granada de acero y peso de 455 kg.	1.544
Un estopín obturador.....	2
18 kg. de pólvora para la carga interior de la granada, á 1,80 pesetas.....	42,40
Aumento de gastos de transporte de estos efectos.....	50
Parte proporcional de la vida, que suponemos de 200 disparos para estas piezas.....	20.000
Total.....	21.980,40

Para el cálculo se ha tenido en cuenta el coste de estos cañones, que es el siguiente: Cañón, 266.000 pesetas; montaje, 69.000; elementos fijos, 2.690, y juegos de armas, 3.080.

VIDA INTELECTUAL

AL TRAVÉS DE LAS REVISTAS

Revue de Deux Mondes.—En el último número recibido en Madrid, Alfred Fouillet estudia á la luz de los descubrimientos arqueológicos y etnográficos que han venido sucediéndose desde hace medio siglo, el carácter psicológico del pueblo griego actual. El eminente profesor demuestra que la primera civilización griega-latina no tuvo, como se pretepe, un origen asiático; que no ha habido espejismo griego ni espejismo oriental, como imaginaba Renán, soñando en la Aegolis, y que los griegos de Homero no representan, como creía H. Taine, el alba de una civilización, sino más bien su decadencia.

Louis Proal, en «Los suicidios ocasionados por la miseria en París», expone á la consideración de las gentes un cuadro de tristezas y hace notar que entre los desesperados que se matan por escapar á una vida de sufrimientos, abundan los desordenados, los extraviados de comercio, cohecos, sacerdotes negligentes, seminaristas, obreros y obreras sin trabajo y jóvenes de ambos sexos que fueron á París en busca de un porvenir, y que al cabo desertan de la vida hostigados por la angustia y los dolores.

Proal ve las causas de la miseria en las huelgas forzadas, en la insuficiencia de los salarios, en las enfermedades, en los accidentes del trabajo, en las cargas de familia, en la vuidéz, en la senectud anticipada por lo mequino de la alimentación y en la multiplicación de los oficios menudos que dificultan la vida.

A nuestro entender, se equivoca Louis Proal suponiendo que la falta de resignación, derivada de la muerte de la fe religiosa, empuja á todos esos seres al suicidio. Motivos más hondos y más humanos son los que engendran ese estado de desesperación final, y es extraño que M. Proal no los haya encontrado expuestos en un libro que anda por ahí, cuyo autor es Carlos Marx. Hasta los simples obreros han leído *El Capital*, y ya saben á qué atenerse en cuanto á la supresión de las causas que producen la miseria y la muerte por el suicidio. El remedio es obra de tiempo.

Revue de Paris.—El conde de Tolstoi, tan inclinado en sus últimos tiempos á la vida primitiva, y partidario, por eso mismo, de una estética elemental y sencilla, ha escrito un artículo con la pretensión de demostrar que *Don Quijote* no es más que un cuento de niños, un mal controlador de los artes que Tolstoi juzga enteramente deshermanados. La música y el drama, en opinión de Tolstoi, no pueden fundirse, porque cada uno de esos artes tiene su terreno señalado y su acción fija sobre las almas. De ese razonamiento parte el escritor ruso para negarle á Wagner el agua y el fuego, declarándole, de pasada, loco de remate.

En el mismo número de la *Revue de Paris* se publican las «Cartas sobre el romanticismo», cambiadas entre Alfred de Vigny y Maximiliano José, que contienen detalles de inapreciable mérito acerca de aquella renovación literaria que se produjo hacia 1839; un «Estudio sobre los orígenes del partido republicano», que firma Aulard, en el cual estudio se sostiene que el primer partido republicano se formó al amparo de madame Keralio-Robert, en una atmósfera francamente feminista.

Revue Philosophique.—Contiene un texto de gran interés. Dunaui: «Filosofía espiritualista.»—Abbé Martin: «La ilustración de los filósofos.»—Callmont: «Definición de las grandezas.»

Revue Blanche.—Tárrida de Mármol, el distinguido escritor anarquista, juzga el conflicto hispanoamericano relacionándolo con los horrores de Montjuich y Cuba, y hace notar que el porvenir de esta nación, como el de sus colonias, nada puede esperar de los partidos conservadores y clericales que aquí mangonean á sus anchas.

Paul Signe estudia en la *Revue Blanche* la técnica de Delacroix; Armand Charpentier hace algunas consideraciones acerca del amor en el matrimonio, para

deducir que el universal adulterio muestra lo falso y absurdo del pacto conyugal, fundado en la fidelidad recíproca de los esposos. Califica este pacto de irrisorio, y protesta contra el matrimonio, inamable como la tontería, engañador como la religión y cruel como la guerra.

La Plume. Revista muy moderna, da á conocer trabajos muy notables de literatos jóvenes. Entre esos artículos hay uno, que firma Charles de Vitis, cuyo texto, dedicado á Emilio Zola, puede ser resumido en estas líneas: «Emilio Zola ha exaltado en nuestros corazones la religión del trabajo; ha renovado el sentimiento de la justicia, y ahondando en el materialismo ha extraído los elementos de una estética nueva, que restablece la relación de unos seres con otros...»

Revue du Palais.—En el último número de esta revista, M. Duclaux, el eminente jefe del Instituto Pasteur, le tunde la pavana á Brunetiere en un artículo enérgico y brioso motivado por el proceso de Emilio Zola. El sabio profesor concluye diciendo que M. Brunetiere carece de todo sentido científico. El artículo vale la pena de que lo traduzcamos para el próximo número de *VIDA NUEVA*. *C'est promis.*

En la *Revue du Palais* verá el lector un trabajo literario de Emile Faguet, relativo á la descentralización política, administrativa é intelectual; un artículo de Armand Dayot acerca de «Las prisiones del Estado bajo el primer Imperio», y un estudio muy curioso de Raoul Allier recordando la parte activa que tomó Voltaire en la reparación de los «Errores judiciales de su tiempo».

Contemporary.—Las cuestiones que afectan á la guerra hispano-americana, ocupan, como era de esperar, un lugar preferente en los grandes periódicos ingleses y americanos. Casi todos ellos reconocen con entusiasmo la necesidad de una alianza anglo-sajona, y Palitzons va en sus juicios hasta pretender que semejante coalición equivaldría al fin de las guerras.

M. Pennel, que ha practicado un viaje *En bicicleta por el Sur de España*, ha comprobado que, después de todo no hay mal que por bien no venga, porque, suprimiendo la importancia de ciertos géneros procedentes de Cuba, se favorece á ciertas pequeñas comarcas peninsulares, que hasta hoy se morían de hambre. «Como hace ya tiempo que no se recibe tabaco de la Habana—escribe el cronista—ha sido preciso utilizar el que se produce en Motril. Acusar á España de pereza y de mal avenida con el trabajo, es calumniarla, porque, sin acudir á otros parajes, bien está el asegurar que á consecuencia de la guerra los labradores andaluces han puesto en condiciones de fertilidad terrenos que en tiempos normales estarían abandonados. La guerra de Cuba, que sin duda alguna es perjudicial á casi la totalidad de la Península, ha hecho en cambio la fortuna de los azucareros y cosecheros de tabaco de Andalucía».

El Dr. Turner preconiza en «Contemporary» el uso de la bicicleta como el mejor ejercicio preventivo del reumatismo y de las enfermedades del aparato respiratorio.

Tratándose de la anemia en las muchachas jóvenes, la bicicleta es superior al hierro en sus distintas aplicaciones, y los desórdenes nerviosos se combaten eficazmente por el mismo procedimiento.

A juicio del doctor Turner, únicamente las personas que padecen del corazón deben abstenerse de montar en bicicleta.

Fortnightley.—F. J. Matheson, sin poner en duda la intervención desinteresada de los americanos en los asuntos de Cuba, no oculta que á su juicio un día u otro la parte de las Antillas caerá en poder de sus vecinos los yankees. Cuba es la llave del golfo de México, y todas las islas que radican en el mar Caribe son otros tantos puntos avanzados que las grandes potencias, en caso de guerra, aprovecharían como depósitos de carbón y víveres. Los Estados Unidos—dice el escritor inglés—no pueden permanecer en este respecto en condiciones de inferioridad.

Richard Dary, en el último número de la misma revista experimenta la necesidad de reobrar contra las universales simpatías que muestran las naciones por Cuba y por los cubanos. Mr. Dary, en un retrato poco lisonjero de los españoles, los atribuye la condición de perversos y holgazanes, y de los cubanos dice que son ignorantes en un grado inconcebible. El pueblo cubano—á juicio del Sr. Dary—no desmiente la casta de sus progenitores los españoles, y para demostrar sus asertos describe los tormentos que se impusieron en su presencia á un pobre negro á quien los españoles condenaron á ser descuartizado y quemado vivo. Termina Mr. Richard Dary, afirmando que por nuestra culpa han muerto en Cuba 75.000 reconcentrados de hambre.

MANUEL BUENO.

Para el próximo número, artículos, estudios, poesías, etc., etc., de

Pérez Galdós, Valera, Echegaray, Selles, Zamacois, Prieto Mera, Bueno, Verdes, Trigo, Villegas, Clarín, Blasco Ibáñez y otros. También se comenzará la sección «A vuela pluma», de nuestro compañero Mariano de Cavia.

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

VIDA NUEVA PERIÓDICO INDEPENDIENTE SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACTORES

Blasco (Eusebio), Blasco Ibáñez (Vicente), Cavia (Mariano), Fernández Villegas (Zeda) (Francisco), Jurado de la Parra (José), Liria (Enrique), Nakens (José), Parle (Luis), Pérez Galdós (Benito), Picon (Jacinto O.), Sellés (Eugenio), Soriano (Rodrigo), Trigo (Felipe), Verdes Montenegro (José).

COLABORADORES

Aguilera y Arjona (Alberto), Alas (Leopoldo), Alcalde de Zafra (Joaquín), Alzola (Pedro), Aza (Vital), Barrantes (Pedro), Blasco (Ricardo), Bueno (Manuel), Cabezón (Eustaquio), Cadenas (José Juan), Calderón (Alfredo), Canals (Salvador), Carracido (José), Catarineu (Ricardo), Castelar (Emilio), Colorado (Vicente), Corugedo (Emilio), Cuellar (José), Dicenta (Joaquín), Dorado (Pedro), Echegaray (José), Echegaray (Miguel), Fernández Shaw (Carlos), Feijóo (Alfredo), Fuente (Ricardo), Galdón (Luis), Gil (Ricardo), Gil (Rodolfo), Gómez Baquero (Eduardo), González Serrano (Urban), Herrero (José J.), Icaza (Francisco), Iglesias (Pablo), Iglesias (Santiago), López Silva (José), Limendoux (Félix), Maestre (Tomás), Maestu (Ramiro), Méndez (Félix), Menéndez Pelayo (Marcelino), Muleto (Manuel), Navarro Ledesma (Francisco), Núñez de Arce (Gaspar), Ortega y Munilla (José), Palacio (Manuel del), Perés (Ramón D.), Prieto Mera (Francisco), Ramos Carrión (Miguel), Reina (Manuel), Royo y Villanova (Luis), Rueda (Salvador), Sabau (Pedro), Sala (Emilio), Salillas (Rafael), Sánchez Guerra (José), Siboni (Luis), Solsona (Conrado), Terán (Luis), Torrijos (Antonio), Unamuno (Miguel), Vaamonde (Emilio), Valera (Juan), Varela Diaz (Aurelio), Vega (Ricardo de la), Zahonero (José).

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Extranjero (*Unión Postal*), año..... 5 francos.
En Madrid y provincias, trimestre..... 1,50 pesetas.
Mano de 25 ejemplares..... 1,50 »

PAGOS ANTICIPADOS

Número suelto, 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN AGUSTÍN, 10

quiera el bullicioso hervor patriótico del himno de Riego, bailado más de una vez como rigodón, con gran éxito.

A patria chica, política menuda, guerras temerarias, aventuras suicidas, marcha de Cádiz a todo pasto...

Regocijo de horteras por las varas de percalina que necesita para su desarrollo; salvadora solución en las apoteosis teatrales de todos géneros.

Una sola ventaja ofrece la asendereada marcha sobre las otras en las soluciones más o menos patrióticas.

Y esto por cuestión de ritmo. Con la marcha de Cádiz hay que andar más aprisa.

LUIGI.

Consulta pública

¿Qué ha pasado en míseros trece años—se pregunta mucha gente—para que el país haya cambiado por completo de carácter?

En 1885 se sabe, una noche, que los alemanes habían desembarcado allá muy lejos, muy lejos, en las islas Carolinas, que la mitad de los españoles ignoraban que fuesen suyas.

Y en un instante, como movidos todos los españoles por un resorte, se echan a la calle, protestan, arrancan de la embajada alemana el escudo de aquel país y hacen una manifestación grandiosa que apenas bastan a contener los soldados.

A los trece años se sabe en Madrid el desastre de Cavite; salen a la calle unos cuantos grupos, los disuelve la guardia civil. Un mes después se sabe que los tagalos hacen carnicería en millares de españoles, que el general Agustí está perdido, que Manila ha caído en poder del enemigo y nadie dice nada, y el pueblo se va a los novillos ó a ver la procesión del Corpus como en los tiempos más tranquilos y felices.

Pues si en el breve espacio de trece años el espíritu ha decaído a tal extremo y todas las energías se reducen a discutir en los cafés ó a llorar en los periódicos ¿qué tiene de extraño que los Gobiernos vayan perdiendo territorios sin cuidado y hagan lo que les dé la gana?

¿En trece años! La edad de los entusiasmos y de las energías suele durar en el individuo de los 20 a los 45. Y todo un pueblo pierde en trece años sus energías y entusiasmos. ¿Qué ha pasado aquí para esta anemia nacional?

He aquí una pregunta que pudiera producir mil respuestas de otros tantos lectores y las iríamos publicando, a ver si con esta consulta pública sacáramos con vida al país, enfermo tan grave...

AMOR

No una vez, muchas veces he gozado la posesión de una hermosa mujer, y he sufrido ese espasmo de locura que va con el deleite aparejado. Pero tras de sufrirlo me ha causado desprecio la gozada efímera y he sentido desahogo por su hermosura y prisas por marcharme de su lado. Contigo no es así. Del beso loco con que acaba el placer, nace otro beso de pura esencia, de infinita calma... Con él apenas en tus labios toco, y no se queda entre tus labios preso: resbala de ellos y se esconde en tu alma.

Joaquín DICENTA.

LO DE FILIPINAS

EL INDIO

«Una de dos, ó la intención de las naciones para con sus colonias es generosa, y entonces deben procurar la civilización perfecta de la población indígena colonial, y no extrañarse luego de que la colonia hecha mayor de edad trate de emanciparse; ó la intención de las naciones es egoísta, y entonces deben procurar, si la felicidad de las colonias con cierto pequeño grado de civilización en las costumbres, pero nunca el progreso intelectual de los naturales, que antes al contrario, debe estorbarse, como hace la pospizca y práctica inglesa en sus posesiones del Asia. No hay término medio posible, y España en Filipinas ha querido el término medio.»

«Allí las órdenes religiosas, gobernadoras eternas del Archipiélago, no han conseguido con sus centros mezquinos de enseñanza superior y con su ridícula Universidad, de donde salían centenares de mediquillos, boticarios, abogados, maestros, y curules, sino formar, entre aquellos millones de salvajes, un peligroso núcleo de indios presumidos, sin pizca de valor social y con sobra de ojos abiertos para darse cuenta de la humillación de su raza con respecto a la europea.»

Estos conceptos, que escribí en un libro el año pasado, debieron ser los que suscitaron en el entonces Presidente del Consejo de Ministros el deseo de hablar conmigo acerca de las reformas de Filipinas. La entrevista no se pudo verificar. Se interpuso el revolver de Angiolillo. ¿Creería Cánovas que yo tenía razón?...

Esto otro que sigue, lo he escrito en un periódico cuatro días después de la catástrofe de nuestros barcos en Manila:

«De la conducta de los indígenas depende la solución del grave problema planteado en Filipinas por el comodoro Dewey. El éxito, según aquellos procedan, puede ser para los Estados Unidos, para España ó para ellos mismos. Con refuerzos y sin refuerzos.

¿Qué harán los indios? Imposible calcularlo.

Como la mujer y el niño, y por motivos análogos, el indio escapa a toda conjuntura racional sobre lo que irá a hacer una hora después. Así lo ha formado España en muchos siglos.

No es que sea una esfinge, un alma impenetrable a la investigación, ni por su profundidad ni por su coraza de reservas; es algo más sencillo, y precisamente todo lo contrario: que no tiene carácter, que no tiene alma. Como la mujer.

Los tagalos, que vivirán nómadas igual que los moros de Joló y de Mindanao, si nosotros no les hu-

biéramos obligado a reunirse en poblaciones para hacerlos testigos indiferentes de la civilización, revelan toda su vida afectiva en el mísero nivel que en el hombre confina con la bestia. La cultura ha pasado por delante de ellos sin tocarlos (¡lo han querido sus educadores!), sin mejorar su raza, todavía inferior, y así lo acusan desde luego sus rasgos antropológicos. Conservan sus hábitos de salvaje independencia, que al no determinarles verdadero cariño de hogar, y menos, por lo tanto, arraigados amores colectivos, es decir, aficiones sociales, reducen su moral a un puro fondo de egoísmo. Tienen más instinto que sentimiento ó inteligencia.

El indio no calcula jamás los efectos de sus determinaciones. Así como en las artes no tiene más que la cualidad de la imitación, porque dicha cualidad sólo exige la intelectualidad de presente, así en sus amores, en sus odios y en sus audacias manifiesta de igual modo la carencia de otras energías que las del bruto: es artista como el mono; es valiente como el perro; y con la estupidez de uno y otro animal, pero también con la fatal precisión de ambos, ejecuta sus escasas habilidades ó sus originalísimas valentías.

¡Cualquiera es profeta con gente de esta laya!

Ya, por desdicha, sabemos de qué lado se inclinan los indios.

Los buques de Dewey son en la bahía de Manila el cazador que apunta con su arma, pronto a disparar. Los indios, los perros. Los españoles la caza.

Se ha lanzado la jauría hambrienta de carne y animada por el cazador, sobre el mísero león herido. Le coge, le maltrata, le muere, le desgarran... ¡Ya veremos si, cuando la llame el cazador, vuelve a sus pies la jauría rabiosa, ó le muere también impidiéndole entrar en la floresta donde celebra festines con los despojos ensangrentados!

Ni amor a los españoles ni amor a los yanquis. Para éstos, la gratitud instantánea de la oportunidad.

Para aquéllos, el odio, el rencor de los punta-piés y de los ultrajes recibidos. La venganza.

Los perros, tienen memoria!

Han conseguido despertarse la media docena de filósofos en cada pueblo. Es decir, los indios pedantes y presumidos que salieron de la Universidad a fin de ejercer la abogacía con el jarapal por fuera, «sin pizca de valor social y con sobra de ojos abiertos para darse cuenta de la humillación de su raza con respecto a la europea.»

CÉSAR NOCEM.

LA NEGRADA

El motivo principal de la guerra ha permanecido oculto entre los gobernantes de los Estados Unidos, y este motivo es cuestión de razas: el antagonismo entre blancos y negros.

Nosotros los españoles peninsulares tratamos a los negros a lo gran señor castellano viejo, con afabilidad democrática y con cariño, porque no necesitamos demostrar la noble superioridad de nuestra estirpe; pero a los cubanos más ó menos mulatos y a los norteamericanos como razas cobrizas y pardas que son, inferiores a la española blanca, no les sucede lo mismo.

El contacto en la vida civil con el negro les causa horror y asco, les crispas los nervios, porque se sienten cercanos a ellos, y no pudiendo tratarlos con el señorío español ni asesinarlos como a los pieles-rojas, buscan como desesperados la solución del problema que quedó en pie al terminar la guerra civil entre el Norte y el Sur.

De aquí, entre otras causas, arranca el apetito por la posesión de Cuba, el propósito de soltar en ella su negrada para limpiar a su país del contacto íntimo con esta raza inferior que les abochorna y les irrita.

Como mercaderes que son, ante todo, el gran negocio de convertir a Cuba en un colosal ingenio satisficé juntamente sus odios de raza y su codicia desenfrenada. La idea de expulsar a los negros de su lado, enviándolos a Cuba con la hipocresía maquívlica de su política para reducirlos allí a una disfrazada esclavitud que no pueden restablecer en los Estados del Sur, aumentando en proporciones colosales la producción de azúcar y tabaco, les cautiva y enloquece.

El cubano, llevado de su odio necio é ingrato al español peninsular, les regala el pingüe negocio y les facilita la solución del más grave de sus problemas políticos interiores. ¿Qué han de hacer sino acogerles con protectora sonrisa mestifolca, mientras llega el día de exterminarlos como pieles-rojas y de ahogarles en la ola negra que enviarán a las playas de Cuba esclava?

¡Acordáos del Maine!—exclaman con la cómica gravedad del negro catedrático, al comenzar su vida nueva de guerreros de lance ó por compromiso.

Bueno es que tengan presente lo que cuesta una horrachera, y que no olviden que los pueblos, como los individuos, pagan muy caros todos sus pecados, desde las picardigüelas de la juventud a los crímenes de la edad madura, porque la contabilidad de este festín de la vida está tan bien arreglada, que jamás deja de presentarse con la cuenta un camarero, vestido unas veces de dolor reumático ó de riñones, otras de hambres, pestes y guerras, asolamientos y fieros males, ministros, generales, diputados, concejales, etc., etc.

Al empezar los españoles nuestra Vida Nueva, y cercano el momento en que no haya otro comestible que rabos de pasa, se nos aviva la memoria antes de comerlos, y abriendo el almacén de los recordatorios, enviamos a nuestros enemigos estas margaritas:

¡Acordáos del Cervera!

¡Acordáos de nuestro Blanco, dispuesto a morir por España!

¡Acordáos de nuestros cinco millones de negros, que son la maldición de la esclavitud que os cobra la cuenta de los días felices del algodón y del azúcar, convirtiéndolos en un pueblo envilecido de mulatos y cuarterones!

¡Acordáos de que España todavía tiene dinero y de que los españoles son temibles de veras cuando se quedan sin una peseta!

A nuestros compatriotas nada hay que decirles, puesto que ya nos saludamos todos los días con frases como éstas:

¡Acordáos del Moret!

¡No más Primos!

¡Acordáos del Daoiz y del Velarde!

ARTURO SORIA.

CIFRAS

	Pesetas.
La renta de tabacos produce en	
Madrid, anualmente...	13.984.599
La de loterías...	24.501.509
La de carruajes de lujo...	165.435
Total por tres vicios de los madrileños...	38.651.543

Los Gobiernos son muy derrochadores, pero los madrileños somos muy viciosos.

(Y hay que reducir los gastos del Estado, y los vicios de los ciudadanos, en estos tiempos calamitosos!)

LA CUARTA FUNCIÓN

La gente en el salón se precipita y al mirar su alegría, bien se advierte que es la cuarta función, punto de cita del Madrid que trasciende y se divierte.

Sólo allí pueden verse confundidos el mjerío de vivir galante y algunos contenedores de perdidos, gente alegre, viciosa y melancólica. En los balcones, las sombras más en moda lucen el esplendor de la locura: la Bebé, la Zola, la Trini, toda la familia reinante del pesao.

Mientras rien, cambiándose una seña, miran con el curioso hipocritismo, poniendo su esperanza más risiñosa en los palcos que ocultan diariamente los chicos del Vicio y de la Peña.

Con el jardín al lado, la florista de palcos reparte flores y ofrece a bajo precio una conquista mientras prende el ojo a los señores.

Nadie escucha la obra... Mala ó buena basta con que distraiga un par de horas: sólo los hombres miran a la escena cuando aparece el cor de señoras. Las sonoras y frescas carcajadas, las voces, los perfumes excitantes, las alitas, al cruzarse las miradas, las luces, los afeites, los brillantes, todo aquello que viene en seguida forma un conjunto triste y vergonzoso, y presenta la sala convertida en mercado de amor escandaloso.

Y... fue casualidad, mas yo te juro... que no ha de repetirse por fortuna, porque quiero que sepas que procuro no encontrarte ni verte en parte alguna...

Fue una casualidad, pero tan rara que así la depaó mi mala estrella... ¡Cómo pudo ocurrir que te encontrara en el teatro aquel la noche aquella!

Te contemplé un instante satisfecho y apenas al mirarte he recordado aquel amor que encumbió en mi pecho sin clavos y sin cruz, crucificado.

¡Todo acabó!—pensé. Y el alma llena de tantos desengaños dolorosos, lloré con triste y silenciosa pena, la muerte de mis sueños luminosos.

Después la gente como amnesia blanca arrojó al vestibulo de Apolo... Quizá por darme celos... no iba solo... Quizá por darte celos... ¡no iba solo!

JOSÉ JUAN CADENAS.

INNOVACIONES TEATRALES

Por hoy no propongo más que tres. Una, la primera, la ha practicado ya, sin protesta de nadie y con beneplácito de muchos, Eugenio Sellés. Me refiero a la de anunciar en el cartel con el título de la obra que se estrena, el nombre de su autor.

Si es desconocido, nada pierde con ello, antes bien puede conquistar así la benevolencia del auditorio, que no debe exigir tanto al autor novel como al aplaudido. Si es de éstos, la prensa diaria se habrá encargado, seguramente, de publicarlo con bastante antelación al estreno, por lo cual no se logra jamás el incógnito que parece procurarse. Diciéndolo el cartel, no habría necesidad de proclamarlo desde la escena, ni se obligaría al primer actor a decir, muchas veces entre sisos y protestas, aquella frase sacramental: La obra que hemos tenido el honor (la honra deberían decir) de representar, es original, etc., etc.

La segunda innovación que propongo, es la supresión para siempre de la salida del autor a las tablas.

Gréese generalmente, porque se ha repetido mil veces en los anales del teatro moderno, que fué don Antonio García Gutiérrez, cuando se estrenó *El trovador*, el primero que se presentó al público a instancias de éste para recibir sus aplausos. Según noticias de Tomás Luceño, algunos años antes en Barcelona, D. Leandro Fernández Moratín alcanzó igual gloria al final de la representación de *El sí de las niñas*.

Fuese D. Antonio ó D. Leandro, pues no quiero dar pretexto a investigaciones eruditas que armen polémica inútil para todos, lo cierto es que el hecho convertido por costumbre en lamentabilísimo abuso, constituye para el autor dramático y para el compositor músico, una obligación que yo considero penosa.

El que lo evita no yendo al teatro cuando se estrena una obra suya, se priva de apreciar por sí el efecto que aquella produce en el público, la mayor y más segura enseñanza de todo autor dramático, y además no saliendo a la escena aminora el buen éxito que siempre resultará más pequeño comparado con cualquier otro, por el cual haya salido el autor entre vítores y aclamaciones. Cuando el lector se entera por el periódico del resultado de un estreno y ve que el autor de la obra no se presentó en la escena por no encontrarse en el teatro (frase de cajón al dar cuenta de lo sucedido), piensa seguramente: la obra, aunque aquí la elogien, no debe de ser una gran cosa; lo probable es que haya sufrido un fracaso.

Esta consideración y algunas otras que serían prolijas, obligan a muchos, contra su voluntad, a cogerse por las manos con los actores y a salir sonrientes como bailarinas en un grotesco *ad libitum*, formando parte de una cadena interminable si los personajes de la obra son numerosos.

Propongo, pues, la supresión de esas salidas... de tono.

Y la tercera y última, por ahora, de mis proposiciones reza, como la primera, con los carteles.

¡No juzgan ustedes risible lo que anuncian todos, absolutamente todos, de todas, absolutamente todas las obras que se representan? Lean, lean y verán que cuantas comedias, dramas, sainetes, zarzuelas, juguetes y pasillos se estrenan son EXTRAORDINARIAMENTE APLAUDIDOS?

Así, con letras muy gordas, se califica en los carteles por los empresarios, con la complicidad de los autores, el éxito alcanzado por las obras.

¿Qué diferencia se establece entre la que logra merecidos aplausos y la que es rechazada por el público? Ninguna: las dos han sido siempre, sin excepción, aplaudidas extraordinariamente.

Pero digo lo mismo que de la salida del autor a la escena: si alguno se opusiera a que anunciásemos sus obras de este modo, cuento por seguro que muchos de los espectadores exclamarían al leer los carteles: no veré esta comedia; ¡buena será ella cuando ni siquiera la *hayan aplaudida*!

Yo, cuando he tenido en cualquier teatro influencia bastante para imponer mis opiniones sobre el particular, he logrado que las empresas no calificasen los éxitos en el cartel, y siempre que he llenado éste con una obra mía, por tener tres ó más actos y constituir función completa, no he consentido que la anuncien como aplaudida, ni muy aplaudida, ni extraordinariamente aplaudida.

Mis compañeros no habrán creído oportuno imitar este ejemplo, que yo he dado siempre que me ha sido posible, y por eso confío poco en que ahora procuren que desaparezca de los carteles esa ridícula calificación.

Poniéndose de acuerdo (ya sea que esto es muy difícil), las empresas de los teatros, podría aquélla suprimirse de raíz sin perjuicio de nadie.

Compañeros: ¿estáis todos conformes? Pues a ello. Y si no lo están, yo les agradeceré mucho que digan las razones que tienen para no aceptar esas innovaciones, que considero convenientes para todos.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

LISTA DE CORREOS

A madama Maria de Dias de Mendoça, nacida Guerrero, en Madrid.

MADAMA:

Yo soy muy feliz, bien feliz de contestar a vuestras palabras, si tocantes, a propósito de vuestra venida a este París, si caro que terrible.

Vos me decís que sois bien cambiada después de mi salida de esa villa, si terrible que cara. ¡Helas! Yo os he conocido pequeña mujer, y vos me decís que a partir de ahora, sois grande mujer con un gran infante, si encantador, que su buen padre. ¡Ah! Que yo me felicito de saberos sabía, grande y madre. Esa fue siempre mi esperanza; será ahora mi dicha.

En mérito de vuestro viaje y de nuestros comunes trayectos por este París y luego por Europa, debo deciros que seré bien contenta de veros jugar, con si admirable desenfado, de las obras de vuestro viejo, como de vuestro nuevo teatro español.

Yo conservo (por azul todavía los escalofríos de veros *La niña boba* de Echegaray y *El Estigma* de D. Morsto y Prendergast.

Yo os recomiendo de todo mi corazón, de meter en vuestro repertorio de *tournee* la gran feria (magia, ¿no es así?) del célebre Ruiz Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, traducción de nuestro Don Juan de Molière. ¡Sois, si, bella en Hermana de la Caridad cuando cura a Don Juan, de las heridas producidas por el estoque del Señor Comendador!

No, no obstante, debo deciros ¡oh, mi querida Mariat, que para sostener vuestro rango, si noble que activo y castellano, en este teatro de la Renacimiento, sois obligada de traer, más que plata, oro, porque a este París, si caro que terrible, no le placen romances de media edad, y no seréis en sala plena que pocas noches.

¿Es que vuestro Consejo Municipal no os subvencionaría fuertemente bien?

¿Es que vos no pagáis los alquileres a esa villa? Si,afortunada y feliz que sois. Yo pago alquileres crecidos que montan a muchos miles.

No hablemos más. ¡Helas! Venos, mi bella amiga, mi joven madre, con vuestro infante y su buen padre a renovar en esta Renacimiento el arte francés, si atrayente que cosmopolita.

Os abrazo sobre las dos mejillas. Soy bien toda vuestra.

SARAH BERNHARDT.

P. S. No olvidéis de traer a vuestro noble señor padre. La tapicería del teatro necesita ser renovada. Decidle que conservo el guardián que fué bien bueno de construirme.

El cartel de servicio,
Luis PARIS.

LA FUENTE Y EL CAMINANTE

SONETO

—Si hasta mí te condujo tu destino ¿a qué seguir la senda? Yo tu ardiente sed calmaré en mis ondas—una fuente dijole en un desierto a un beduino.

Del raudal al acento cristalino el nómada, en su seno transparente calmada ya la sed, indiferente y satisfecho prosiguió el camino.

—¿Por qué te alejas de mi seno amante?

—Preguntóle la fuente al caminante, llorando solitaria en la ribera.

Y el nómada repuso: —Me alejo porque siempre mejor que la que dejó, se me antoja la fuente que me espera.

ARTURO REYES.

Hacienda nueva

La vieja, la que hasta hoy hemos conocido, la que nos ha dado papel para cubrir, y que sobre la superficie del planeta, nos ha dejado sin oro y nos ha puesto los cambios por las uubes, no puede ser más detestable. Veamos si constituyendo la nueva bajo otras bases y con otro sistema, nos va mejor.

No hay más remedio. *Vida nueva*, que se funde en los carcomidos cimientos de la anterior, sería lo mismo que pedir salud y robustez al sér engendrado en el seno de una tísica.

Una revolución en la manera de funcionar para desterrar los vicios que nos han conducido a la ruina y al descrédito, respetando la rutina y aprovechando los defectuosos despojos de lo existente,

es tarea tan difícil y tan inútil como la de tratar de poner derecho el tronco de un árbol secular.

Modificar las costumbres, moralizar la Administración, desarrollar la riqueza, desenvolver la agricultura, la industria y el comercio, difundir la instrucción y fortalecer la administración de justicia, que son, grandes rasgos, las aspiraciones de los que se sienten humillados ante tanto desbarajuste, no se concibe sin sentar las reformas sobre moldes nuevos, completamente nuevos.

Porque inútilmente se intentaría introducir la moralidad en la vida pública y oficial sin modificar la situación económica del funcionario, como no puede organizarse en serio la administración de justicia sin el propio esfuerzo, ni levantar la enseñanza sin pagarle al maestro, ni ayudar al agricultor sin establecer el crédito agrícola y suavizar los impuestos ó repartirlos con equidad, ni inclinar los capitales a la explotación de las riquezas naturales ó industriales sin suprimir las deudas y los empréstitos, ó por lo menos sin limitar mucho las utilidades que hoy ofrece la Bolsa.

Para empresa tal, que no es sencilla ni mucho menos, quizás irrealizable en nuestro país, además del esfuerzo gigantesco de hombres de elevado carácter y de temperamento práctico, se exige, como indicamos al principio, moldes nuevos y plan distinto del que nos ha conducido a esta situación. Sólo así podremos contar algún día con una Hacienda nueva, de cuyas bases sólidas surja un país bien organizado, poderoso y culto, como puede ser el que posee los procedidos dones con que la Naturaleza prodigamente nos dotó.

No es tarea, la que nos atrevemos a iniciar en estas líneas, para tratada en conjunto y en un solo artículo, pues demanda estudio profundo de lo existente para demostrar sus defectos principales, y razones claras y evidentes que justifiquen la reforma.

Por lo tanto, en trabajos sucesivos procuraremos cumplir el compromiso de exponer nuestras modestas opiniones sobre la materia, en lo cual no nos guía más objeto que el de ayudar, en la medida escasa de nuestras fuerzas, al bien general.

No traemos a la obra más que la mejor voluntad, porque cuanto hayamos de decir está há tiempo sabido y reclamado por la opinión.

FRANCISCO PRIETO MERA.

A RICARDO GIL

(AL RECIBIR SU OBRA *LA CASA DE MÚSICA*.)

Tu libro es dulce y grave, tierno y hondo; tu inspiración es íntima y sincera. Quien se asome a tus versos, en su fondo hallará reflejada un alma entera.

Entre el vano y confuso clamoreo que ensordece los aires con su ruido, tu frase es misterioso cuchicheo, confidencia en voz baja y al oído.

Aseméjase a fuente cristalina que se derrama en perlas de la roca, y en que hacia la mitad de la colina gusta el viajero de poner la boca.

Como ella tiene el resbalar furtivo, el claro fondo y la solemne calma, despertando con su eco engestivo mil cosas inefables en el alma.

Tu acento no es el áspero rugido de la pasión, ni la brutal protesta, ni el clamor del combate enardecido, ni la nerviosa risa descompuesta.

La voz, por la emoción semi-velada, la piedad, por lo humilde y lo pequeño, la visión en las sombras esfumada, la media tinta pálida del sueño;

ese es tu mundo. El alma de las cosas se habla en secreto, y con tu soplo animas los dormidos recuerdos, mariposas que en torno vuelan de tus áureas rimas.

¡Dichoso tú que al exterior tumulto sabes cerrar los ojos, y entregarte, de la conciencia en el sagrario oculto, al egoísmo celestial del arte!

Es ¡ay! en nuestra edad la poesía, que una sublime aspiración embarga, Océano al cielo desafia, como él grandioso, más como él amarga,

Y es tu obra en ella mansual tranquilo que de las alturas espaldas procede, y en el inmenso mar vierte, hilo a hilo, un agua pura que beberse puede.

EMILIO FERRARI.

POEMITA

Era la sencillota Dorotea la chica más hermosa de la aldea. Los mozos, que veían, que era honrada, sencilla y hacendosa, su mano pretendían, y aunque ella contestaba cariñosa a las frases de amor que la decían, no ignoraba la gente, y menos lo ignoraba el señor cura, que a quien ella quería con locura era sólo a su primo, a su Vicente. Pero una circunstancia inesperada, vino a romper la boda proyectada.

Llegó un día a la aldea un Don Cipriano, a quien todos llamaban el indiano; vió a Dorotea, le gustó la chica, y le dijo en lenguaje liso y llano: —«Si quieres vivir bien y ser muy rica, aquí tienes mi mano.»

A la honrada y sencilla Dorotea, le pareció muy bien, y dijo: —«¡Sea! Si he de elegir marido, francamente, vale más Don Cipriano que Vicente.» Pero otra circunstancia inesperada, vino a romper la boda proyectada.

El día señalado, ¡el mismo día! cuando ya la pareja, de la mano, iba a entrar en la obscura sacristía, al pobre Don Cipriano, quizás con la impresión de aquel instante, y entre el susto y asombro de la gente, le dio una apoplejía fulminante y allí se quedó muerto de repente.

Cayó como una bomba la noticia entre todos los mozos de la aldea. Alguien preguntará, no sin malicia, ¿qué le pasó a la pobre Dorotea? Pues lo pasó... en seguida por la mente, la idea de casarse con Vicente.

VITAL AZA.

muy poco les favorecía. De aquí la triste resignación con que el pueblo aceptaba las guerras en nuestras colonias.

En ese período los sacrificios pesaban casi exclusivamente sobre la gente de poco más o menos: se reducían a un gasto de sangre, y aquí la sangre tiene valor escaso. Se hacían levadas de soldados y nadie protestaba: a unas cuantas madres que en Zaragoza se atrevieron a quejarse, se las obligó a callar. Nadie volvió a decir «esta boca es mía», y la juventud, desacomodada de los campos, de las aldeas y de las ciudades acudía sin protesta a los puertos de embarque. ¡Qué espectáculo tan hermoso al ver de los cronistas espirituales! El enorme trasatlántico, con su bandera roja y guinda colgando gentilmente en la bahía y tragándose con monstruosa voracidad hombres y hombres. En los muelles muchos curiosos, mucha Marcha de Cádiz y alguna que otra señorita sensible ó concejal patriota repartiendo entre los soldados mazos de tagarrinas. Después vivas á España, pañuelos agitados en señal de despedida y el vapor alejándose de las costas de la patria camino del vómito y de la emboscada traidora... Por último, en el confín del horizonte un poco de humo...

Algunos, muy pocos, regresaban á España... ¡Y cómo volvían! No há mucho tiempo presencié en el puerto de Barcelona el desembarco de varios centenares de soldados: unos, moribundos, eran conducidos en camillas, desde el muelle al hospital; á otros, de faz terrosa, macilentos, envejecidos, los llevaban amontonados en ómnibus á las hospederías, ofreciendo ante los ojos espectáculo semejante al de las carretadas de esqueletos que trazo en el lienzo el trágico pincel del autor de *El triunfo de la muerte*.

Aunque escenas como ésta y aún más dolorosas se repitían cada lunes y cada martes, en las altas esferas de la sociedad seguía defendiendo la teoría de la guerra por la guerra. «Luchar á todo trance, mientras nos quede un soldado en pie y un leño flotando en los mares».

Estalló el conflicto con los Estados Unidos, y ya no hasta el sacrificio de sangre, son menester sacrificios enormes de dinero. Además, las consecuencias y complicaciones de la guerra, amenazan con quebrantar nuestro feliz statu quo y con cambiar, quizá radicalmente, las condiciones de la vida nacional. No se trata ya de perder algunos millares de hombres; lo que está en peligro es la dulce existencia disfrutada durante largos años por una privilegiada minoría; lo que peligra con la guerra extranjera, es el turno pacífico de los partidos, el reparto por tandas de los beneficios del Poder, el cobro sin trabajo del 18 por 100 de interés, que el papel, gracias á ingeniosas combinaciones rinde á los que lo poseen; lo que está en riesgo de perderse, es la rápida carrera de los yernos en ejercicio ó en esperanza, el excelente sistema del encasillado, los premios á los servicios políticos, los beneficios, en fin, inculcables del mecanismo que rige nuestra sociedad.

Cuanto viven á la sombra de esas instituciones tiemblan—y es natural que así suceda—ante la idea de que las violentas sacudidas de una guerra como la de los Estados Unidos, echen por el suelo tan cómodo edificio. De ahí ese anhelo por la paz, anhelo tan grande ahora como el que antes sentían en la guerra y que se manifiesta es por debilidad y timidez.

Entre los pacíficos, no ha habido en verdad un espíritu valiente que se haya atrevido á levantar la voz en pro de la paz. Ministros que consideraban y quizás consideran, de buena fe, la guerra como la ruina de España, la han aceptado, adulando á la opinión belicosa con gallardas resoluciones; hombres que en privado nos consideran ya reducidos á condición inferior á la de Polonia, guardan, en público, silencio ó traicionan su conciencia, fingiendo entusiasmos y esperanzas que no sienten... Muchos de estos héroes por fuerza, quizás hacen votos porque nuestras armas sufran cuanto antes un grave desastre, á fin de que venga inmediatamente la paz.

Viniendo ésta pronto, aunque la patria se achique, aunque se pierdan las colonias, se salvarán los principios... esos principios sobre los cuales descansa el statu quo presente.

En cambio el instinto popular quiere ahora la guerra, á pesar de fundados temores de grandes desastres.

¿Por qué? Existe así como diluido en el ambiente moral, algo que es ansia de renovación, deseo de que brote y florezca lo que germina bajo la corteza formada por los convencionalismos vigentes. Se siente la necesidad de fe, de nuevos ideales, de sinceridad y de entusiasmos; hay impaciencia porque desaparecen mientras que nadie cree, deseo ardiente de que nos curemos de esa corrección afeminada impropia de nuestra raza, corrección que todo lo tolera y todo lo soporta con tal de que se presente adornado con los afeites del eufemismo y con el disfras de una apariencia decorosa; existe una ansiedad que crece de día en día porque se sanee nuestra vida, porque tenga más amplios horizontes, porque se vigoree nuestro ánimo.

La guerra con los Estados Unidos significa para muchos espíritus pensadores y para el instinto nacional que vale y presiente mucho más que los entendimientos de mayor clarividencia, una vaga esperanza de que esa regeneración venga. ¿Cómo? ¿Por qué caminos?... ¿Quién puede leer en el porvenir? El hecho es que los grandes sacudimientos nacionales tienen cierta semejanza con los dolores del parto, dolores que la mujer desea y llama y bendice, aunque ellos son desgarramiento de su carne y descompartimiento de sus huesos, porque esos dolores son el anuncio de que el nuevo ser esperado y amado va á entrar en la vida.

No hace muchos años, Francia pasaba por las tremendas amarguras que se llaman Sedán, Metz, París incendiado, la patria desmembrada... Lloró lágrimas de sangre, sufrió crueles mutilaciones; pero rota y cubierta de heridas la gran nación, irguióse en medio de sus desastres, y quién se atreverá á negar que la Francia de hoy es mil veces más robusta, más fuerte, más grande que la Francia envilecida del segundo imperio?

El instinto popular de Francia quería la guerra en 1870. Muchas veces se ha echado sarcásticamente en cara á los franceses el grito de «¡A Berlín!» Y sin embargo, aquel grito fue providencial, tan providencial como el Dios lo quiere de los cruzados... Creyérase entonces que Francia iba á la catástrofe... Error. Francia iba á su regeneración y á su engrandecimiento.

ZEDA.

Doña Isabel y D. Emilio

Ya que en párrafo aparte nos ocupamos de Castelar, conspirador, no nos parece inoportuno dedicar otras líneas (que para alguien pueden ser curiosas, instructivas, y tal vez ejemplares) á un episodio de aquellos tiempos que en la memoria de mucha «gente honrada» parecen estar tan remotos como los de las guerras púnicas.

La cosa se cuenta pronto. Sabido es que el insigne autor de *El Rasgo*, á consecuencia de los sucesos de Junio de 1866, fué sentenciado á la pena de muerte en garrote vil, en unión de D. Joaquín Aguirre, D. Práxedes Mateo Sagasta, D. Cristino Martos, D. Manuel Becerra, y otros varios, que lograron librar el pellejo de semejante barbaridad.

Pues bien; allá va—para que el hecho sirva de contraste con los atropellos de que hoy se quisiera hacer víctima á D. Emilio—lo que cuenta D. Ricardo Muñoz (q. e. p. d.) en sus muy interesantes *Apuntes históricos sobre la Revolución de 1868*.

Empieza así el capítulo primero del tomo II:

«Antes de continuar mi narración sobre la materia de que me vengo ocupando, tengo que hacer una rectificación importante sobre un hecho noble y generoso que se refiere á S. M. la reina Isabel. Es el caso que en el primer tomo, al tratar los sucesos del 22 de Junio de 1866, digo que los Sres. Castelar, Martos y otros hombres importantes, comprometidos en aquel acontecimiento, fueron sacados de Madrid y acompañados á la frontera francesa por el Sr. Navarro y Rodrigo, bajo la protección de los Sres. Posada Herrera y Ayala, lo cual es perfectamente cierto; pero como después he sabido de una manera indudable que el Sr. Castelar, sin solicitarlo ni saberlo, debió su salvación á S. M. la reina Isabel, me cumple consignarlo á fuer de historiador imparcial y hombre honrado. El hecho fué el siguiente: Supo esta excelsa señora que el incomparable orador se encontraba escondido en casa de doña Carolina Coronado, cuyo refugio conocía la policía; y entonces, la nieta de San Fernando llamó á mi antiguo y querido amigo particular D. Ramón Campoamor y le comisionó con urgencia para que sacara á Castelar y le condujera á una embajada, como incontinenti lo verificó el esclarecido autor de las célebres *Doloras*».

«Viene ó no viene bien la extenuación de ese episodio á estas alturas?»

Creemos que tiene miga la manera como se desagraviaba á sí misma doña Isabel de los supuestos agravios que la había inferido el autor de *El Rasgo*. ¡Con otro rasgo de los que aquella señora tenía buenos, y que ya no se estilan hoy!

Si por aquel entonces hubiera sido alguien D. Arsenio Martínez Campos, tan duro para con los grandes españoles como blando para con los enemigos de la patria, probablemente habría exclamado al enterarse de la generosa actitud de doña Isabel de Borbón para con D. Emilio Castelar: —¡Esa señora ha perdido la cabeza!

Toledanas

10 JUNIO 98

Tiempo y mimbres habrá—si me dan tantos mimbres y tiempo, por lo menos, como los que ha dado el Sr. Primo de Rivera al general Aguinaldo—para salir por serranas, por zaragozanas, por malagueñas, por peteneras, por soleares... ó ¡por pies! que es quizás la única salida que nos queda á los todavía llamados españoles.

Pero hoy por hoy me hallo en Toledo, y á lo que impone el medio ambiente (apuntase esta tontería don Trinitario para «refrescar» el repertorio) me atengo en esta especie de fe de vida que hoy por hoy me limito á dar en VIDA NUEVA; y siento no enviar á cada uno de mis lectores, en vez de estas cuatro malas líneas, sus cuatro buenas cajas de mazapán, porque ¡ay! el mazapán se llamó Moret, y todo se lo comió Mac-Kinley.

—Y ¿qué ha ido usted (preguntarán los que menos interés tengan en saberlo) á qué ha ido usted á lo que persistimos en denominar *imperial ciudad*, presintiendo sin duda que aún ha de instalarse en ella algún emperador, pero de fuera, sea el de Alemania, sea el de Marruecos?

Pues he venido, y tomo está Rodrigo Soriano que no me dejará agastar, á tres cosas, ó dígame con tres motivos, aparte de aquel «porque me dió la real gana» con el cual me aborruia yo más explicaciones, y las monarquías constitucionales otros discursos de la Corona.

He hecho por cuatro ó cinco días el me voy de Madrid:

1.º Por huir del diluvio de «vaciedades ó ligeras consideraciones» con que únicamente saben hacer frente nuestros Parlamentos y nuestros gobernanes á las catástrofes de que nos surte la Divina Providencia, como si nos surtiese de tarjetas al minuto;

2.º Por ver al ídem y al Fuentes cómo se las habían en la brega con los Miuers, y á Ciriaco, cardenal Sancho, con el espléndido capote de paseo, vamos al decir, que lucen los arzobispos de Toledo en la procesión del Corpus;

3.º Por cumplir con un estrecho deber de conciencia, que luego se verá cuál es.

Acerté en lo primero, porque me libré de tener que oír y comentar el tan conocido como deseado lugar común del general *No Importa*, con que don Práxedes Mateo, en clase de cursi sublimado y de progresista corrosivo, procura aliviarse y desahogar el cuerpo siempre que teme ver al pueblo apelando á su verdadero y legítimo general, que es el general *A lo que importa!*

Acerté á medias en lo segundo, porque si bien hubo de ver al *Minuto* y á Fuentes quedar muy

regularmente en su brega con los Miuers, en cambio me dió pena contemplar alprimado que acababa de salir allora—como la VIDA NUEVA—en su brega con la ya citada y opulenta capa pluvial. ¡Apenas podía con la capa!... Y á fe que antes que un símbolo de Cristo, cuando apenas podía con la carga de la Cruz, vi en Su Eminencia una representación de la nación española, que apenas puede con la carga del presupuesto del culto y clero, y no es esta floja capa pluvial, ó, si se quiere, impermeable místico.

Tocante al deber de conciencia que antes he indicado, ésta no es otro que el de dedicar una corta pero fervorosa oración á las almas de ciertos sujetos que no há mucho tiempo sucumbieron fusilados al pie de un paredón, que no es de los menos interesantes en esta ciudad de los históricos y grandes paredones.

La oración dice así:

«Almas de los valerosos Juanillos, descansad en paz, y que en la vida eterna se os resaza de lo que purgásteis en la vida corporal, no haber hecho incautamente en los montes de Toledo, lo que os hubiera colmado de provecho y gloria, hecho á mansalva, con sólo fundar cualquier partido político y asaltar las alturas del presupuesto. Amén, Jesús».

Y así me tienen ustedes en Toledo, para lo que ustedes gusten mandar. Aplaudiendo toreros, lamentando prelados, huyendo del Gobierno y rezando á los Juanillos.

MARINO DE CÁVIA.

Para la historia

El general Primo, volviendo victorioso de Filipinas.

Port-Said, 5 (9 m.)

Podrá destruir pueblos indefensos la escuadra norte-americana; pero apoderarse de Manila, jamás.

¡Ojalá lo intentara para gloria de España! —Primo.

El general Augustí recogiendo los resultados de la victoria.

Manila, 3

(Rec. el 7.)

Situación muy grave. Aguinaldo logró levantar país día fijado. Cortadas vías telegráfica y férrea; estoy incomunicado con todas las provincias. La de Cavite levantada en masa... Será rodeada y atacada por mar y tierra esta capital... Bacoor é Imús en poder del enemigo, etc., etc.

Corpus de sangre

Toledo, 9 Junio.

No era, no, aquel Corpus de sangre, que con su pluma de hierro pintaba Melo.

No habían bajado á las calles de Barcelona aquellos segadores de mies que muy prontamente se convirtieron en segadores de cabezas. Ni la sangre siempre herviente en españolas venas agitaba convulsos brazos y hacía latir con impulsos de indignación, agitados corazones. Tan sólo los rubios campos anegados por sangrientos mares de amapolas, nos recordaban la jornada de primavera y de luto, de vida fecunda y tremenda muerte... Y aquella bandera española formada en los campos por espigas y flores, desplegabase ante nuestra vista, mientras la irritada luz de un sol incruento nos iluminaba con resplandores de ira... Era una llanura amarilla y roja, rugosa, pálida, que la desmayada luz del crepúsculo iba envolviendo en sombras. Ráfagas de caluroso viento agitaban en el interior del wagon las hojas de los periódicos anunciadores de catástrofes, de vergüenzas, de humillantes concesiones... Allá, muy lejos, en Filipinas, se celebraba el Corpus, pero qué Corpus ¡el Corpus de sangre! El sol español declinaba. Nuestra nación perecía en otro crepúsculo polar de indiferencia, de egoísmo, de fatalismo... Y en aquel cuadro primaveral, éramos las voces de los toreros.

—¡Eh! ¡Malegro de verás güeno! ¡Buen morlaco está el quinto! Minuto y su cuadrilla iban á Toledo. ¡Seis Miuers! ¡Un Corpus de sangre... torera!

Las calles cubiertas de tapices en que un Olimpo de destenidos y envejecidos dioses salía á la luz del sol, como temeroso de exponer sus vergüenzas y girones. En el suelo ramaje, todos en lo alto que filtraban indecisa, amarillenta luz. En balcones, ventanas y ventanucos, polvorientos damascos, colchas, mantones de Manila, jardines de seda y de flores, muestras de chulesco rumbo y de religioso fervor.

Y pausadamente desfilaba la procesión española y castiza. Los guardias civiles deslumbrantes de minio, la custodia de oro y pedería, sueño de hadas concebido por hadas que no soñaban con acorazados y destroyers, los farantes yregoneros, la procesión de andrajosos y miserables vestidos de percalinas y peinados con melenas de guardarrapa, calzados con botas de elástico; las pompas inquisitoriales, reducidas á jocosos fantasmones; el oro, las luces, la plata, el bronce, restos de nuestras grandezas y glorias, arrastrándose penosamente por los empinados callejones toledanos. Luego alguacillos quevedescos, deseosos de que termine la procesión para lucirse en la fiesta de toros al frente de las cuadrillas. Después casullas, cantos, letanías, pausados himnos. Este año no han podido salir los seminaristas. Ardiendo en sangre juvenil, se sublevaron hace dos meses... Desfilaban coroneles, capitanes, tenientes, alféreces... Y por fin, cirios, cirios y más cirios.

Era España que pasaba, la procesión de las decadencias, interminable, creyente, iluminando pálidamente á Toledo mientras la secular campaña gorda, la voz de los siglos, sonando en lo alto, muy alto, resonaba á muerte... Y festejaba el Corpus de sangre, sin sangre en España, con mares de ella en Filipinas...

RODRIGO SORIANO.

Ramón y Cajal

Sabemos que se halla algo delicado el sabio profesor de histología, cuyos trabajos han dado y darán aún tanta gloria á España.

Este atleta del pensamiento y de la voluntad, se ha resentido en su salud por el exceso de fatiga en sus estudios, y por lo penoso que es en España la vida del que únicamente se dedica al cultivo de la ciencia.

El estudio de la biología, ya decía hace años E. Haeckel, que había de transformar el carácter y el porvenir de la filosofía, y los trabajos de Cajal, para descifrar la estructura cerebral, la ha hecho avanzar un paso de gigante, y entrar en el terreno positivo.

Nos atrevemos, por tanto, á llamar la atención de los hombres de Gobierno, y de España entera, para que no echen en olvido la lección que nos dió la Real Sociedad de Londres, al llamar á nuestro ilustre histólogo, cuando aún era poco conocido entre nosotros, para investirlo de doctor, y diera una conferencia; para que no olvide España lo conveniente que sería para su regeneración, el tener hombres cuyo saber, haga fijar las miradas del mundo entero hacia ella, y que debe emprezarse procurando que todos los hombres de valer, puedan tener medios suficientes para que lleguen á su máximo de producción en las mejores condiciones posibles, pues todo ese trabajo es gloria y provecho para el propio país.

En España se ignora por muchos, que desde hace algunos años, un hombre de inteligencia y de voluntad tan grande, como modesta es su situación, está verificando una labor que ha de tener una resonancia enorme en la ciencia moderna: que hace tiempo que Ramón y Cajal, gracias únicamente á su esfuerzo personal, lleva gloriosamente la representación de España por todo el mundo científico, que sigue ansioso sus trabajos; que gracias á él, podrá pronto conocerse uno de los mecanismos más maravillosos, el del pensamiento.

Sería muy justo, y muy conveniente, que España hiciera con Cajal, lo que ha hecho Francia con Pasteur, dedicándole un Instituto, en que el célebre histólogo, encontrase todos los medios de estudio, de experimentación y de enseñanza, y que ayudado de otros hombres que en España se dedican al estudio de las ciencias naturales, tuviera allí digna representación, constituyendo una escuela de estudios superiores; esto sería no sólo una obra de gratitud hacia Cajal, sino un beneficio grandísimo y necesario para la ciencia española: de esta suerte, vería el mundo entero que entramos en la vida moderna, que tenemos grandes aspiraciones y fe en el porvenir, que no somos una nación moribunda, y que empezamos honrando á nuestros sabios; que no solamente premiamos nuestros héroes de la guerra, sino que premiamos también á los héroes del pensamiento.

Para realizar este proyecto, que no puede ser costoso y sí muy beneficioso, nos dirigimos á toda la clase médica española, y á todas aquellas personas cuya cultura les hace interesarse en la vida intelectual: nos dirigimos también á todas las Academias y Sociedades científicas de España; también solicitamos la atención de todos los Ayuntamientos y Diputaciones de provincias, y particularmente á las de Madrid, por tener á su frente personas tan llenas de buena voluntad, como el Sr. Aguilera y el Conde de Romanones, que sienten como el primero las necesidades de este país; suplicamos también á toda la prensa que se interese en el proyecto, que lo acceja con calor, que lo haga propio, y así será una obra fácil de realizar y cuya implantación podremos saludar como un renacimiento.

ELLEIDE.

ÉTICA en la política

(FRAGMENTOS)

Por eso hasta vosotros los que en algo superior á los hombres y las cosas como ferrosos espíritus creéis; los que Estados y Reinos de la tierra pretendéis dirigir; los animados de buena voluntad, que el bien ejercer por ese mismo bien, hasta vosotros, limpios de corazón, llega el que aspira á que el germen fecundo de la idea traiga del hecho el razonado fruto.

Mas no será mi voz á vuestro oído eco tenaz de queja envenenada ni de ambición hipocrita, ni quiero que lleve á vuestras almas la amargura de que rebosa el corazón. Mi canto á más nobles designios obedece y á otra más alta excitación responde.

El bien supremo, la verdad augusta y la eterna justicia, quiso el cielo que bajasen en rayos de su lumbré á la conciencia humana y al espíritu que el sol meridiano iluminasen. ¡Que el Verbo se hizo carne y con nosotros habitó en este valle de amargura!

Así logra eficacia la doctrina dando su sangre generosa el Justo; el Justo, que redime del pecado, que hace fecundo el bien y ofrece el cielo á los hombres que le aman y le imitan.

El momento llegó, ya la ola negra del tenebroso mar surge y avanza y borrará la iniquidad con sangre; que á veces como tromba, la Justicia arroja cuanto encuentra en su camino y resplandeciendo al fin niveladora.

No sirva á Dios quien á Jesús no sigue ni le ama bien rezándole en el templo ó profesando su doctrina santa; hay que tomar la cruz, cargar con ella y si es preciso, al Gólgota subamos.

Las desgracias ajenas, como propias debemos remediar; no condonemos, doleros de ellas, súbito calmarnos sin pensar ni medir el sacrificio y sea la ardiente Caridad, Justicia.

¡Ah la Patria! ¡La Patria! Nuestra madre amorosa y bendita que nos besa con sus puros ambientes, que nos habla con lumbré de los astros de su cielo y el roncón hervor de sus fecundos mares, la que ofrece á sus hijos los tesoros que guarda en sus entrañas generosas, no es esa que anda en boca del inmune político venal. ¡Mejor dijera, merced que so capa de servilismo con insaciable deglución, la explota!

La Patria que anda en guerra por incuria cuando no por perfidia de esos hombres á quienes fura el pueblo su custodia, esa vive y alienta en los soldados que dan por ella con amor la vida, en los que ríen con sudor el seno de un fecunda entraña, y en nosotros los que miramos con horror la turba de aquellos, que abrazándola, la ahogan. ¡Ay que en americanos maniqueos y en las pocilgas fétidas de Washington el desafío y la traición contestan á las torpezas de Madrid! Decidme: cuando la ineptia ó la perfidia guían, ¿qué suerte les espera á las naciones?... ¿Cambiará de política? Pues sólo cambiará de dolor la madre España. ¡Mientras exista la virtud de un régimen por la que va el poder al que en la estofa de hábiles vociferios agitadas sepa engañar mejor, nulo remedio.

¡Poder irresponsable, y es el trono blanco de propias y de ajenas culpas! ¿Cuándo, decid, las purgará un ministro, responsable en el nombre solamente? Ya no hay Lunas, Godoyes ni Olivares, Valenzuelas ni Arandas que al fracaso rindan tributo con la sangre propia.

Hoy los ministros pasan jactanciosos á la agresiva impunidad asidos, con baldón de la Patria que les sufre y aun á desprecio de los mismos Reyes. ¡Tal el poder se ejerce, tal se ostenta el trono secular de San Fernando! Ya los negocios públicos reclaman al par de inteligencias que los souden voluntades honradas que los salven. Vengan los buenos, los mejores suban y acabe para ti, Patria querida, el virus ponzoñoso de esa gente que lentamente tu existencia agota.

J. JURADO DE LA PARRA.

En un mes!

La nación ha pagado desde 1.º al 31 de Abril:

	Pesetas.
Al Congreso y Senado.....	136.507
Deuda pública (allá va eso) . .	74.406.893!!
Cargas de Justicia.....	201.266
Clases pasivas (leerlo bien).....	5.342.394
TOTAL.....	80.087.060

¡¡en un mes!!

Y luego quedan todas las obligaciones generales del Estado...

Y además dos millones y medio de pesetas DIARIOS para la guerra.

¿Qué Gobierno ni qué país pueden vivir en estas condiciones?

MÚSICA «PATRIÓTICA»

LA MARCHA DE CÁDIZ

¡Qué ajeno estaría Chueca al recorrer el teclado, buscando ó recordando las notas que en bullicioso retozo componen el ya famoso *pasa-calle*, de los altos fines á que la casualidad había de destinarle!

Aun antes de *recubrirle* de letra—sabido es el sistema de composición del popularísimo maestro —ya Valverde adecentaba el número, sobre la marcha, haciéndole descansar en el mullido lecho de su labor armónica, abriéndole sus efectos con las sonoridades de una instrumentación ampulosa.

Burgos dejaba hacer, muy sorprendido al final, de haber producido todo aquello.

Tal fué el génesis de la marcha de Cádiz que dió lugar con su patriotismo, desarrollado por la acción del tiempo, á la crucifixión de sus autores.

Elevada por sorpresa á la categoría de himno nacional, corresponde en su insignificancia á los caracteres de rebajamiento de la época que representa.

A la política de género chico de nuestros días cuadra perfectamente la música de apoteosis.

La marcha de Cádiz no es, no puede ser, nadie pensó jamás en que pudiera serlo, el canto de las multitudes fundidas en la aspiración de una idea sacrosanta; no nació en el campo de batalla como *La Marsellesa*, sino en el escenario de un teatro por horas.

Al movido compás de su ritmo casi caucaneco, pasaron y repasaron comparsas; las cadencias finales, rutinarias, recordarán siempre la aparición del caballo blanco de un Duque de Alburquerque de guardarrapa, que en ningún caso puede confundirse con la fantástica cabalgadura del Apóstol, vencedor en Clavijo por influencia sobrehumana. Siempre flotará sobre la celebrísima marcha el polvillo luminoso que impresiona la retina en los deslumbramientos de la luz eléctrica; el olor humano que se desprende en los escenarios de los hacinamientos de la comparsaría; la viciada atmósfera de las salas de espectáculos.

La marcha de Cádiz no puede ser, por todas estas circunstancias, el himno de la patria; no ha nacido para eso.

No ha tenido más mérito que el de hacer gritar en un momento dado, á plazo fijo:

—¡Vi-va Es-pa-ña!

Pero este grito sublime tampoco puede resultar medido, uniforme; sin los desbordamientos de la espontaneidad, ni el descuido del entusiasmo.

Por lo menos si se quiere oír á una masa de patriotas, no á una masa de coristas.

El público, no el pueblo, se apoderó del *vi-va Es-pa-ña* de la marcha de Cádiz como antes se había apoderado del *jah! jah! jah!* en los couplets del *niño Nicolás*, y en tantos y tantos estríbillos á la moda.

¿Por patriotismo? No, no existe en este caso y no sabemos si existirá en algún otro.

El público, no el pueblo, jamás llegó á aprenderse la atropellada letra, verdadera correa sin fin del flamante himno patriótico.

Y respecto á lo que «tiene dentro», es muy poco; dejos germánicos, espasmos á lo Millocker; caricias felinas á Francia, nuestra probable aliada, un verdadero *pandemonium*.

Quedamos, pues, en que la marcha de Cádiz no tiene la majestuosa grandeza de *La Marsellesa*, ni la mística solemnidad de la *Marcha Real*, ni si-